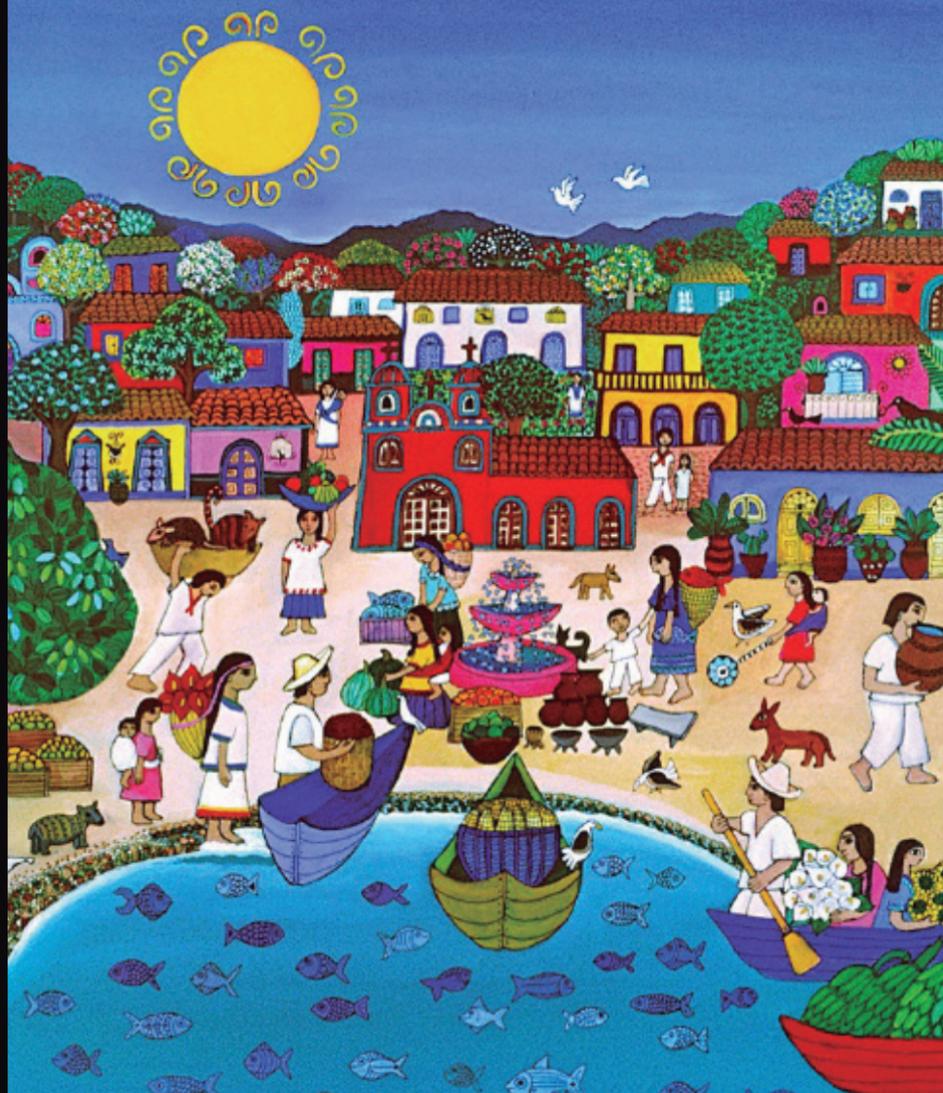


Llamado a la vida

contra la tiranía del Estado y del mercado

Raoul Vaneigem



RAOUL VANEIGEM

**LLAMADO A LA VIDA
CONTRA LA TIRANÍA DEL ESTADO Y DEL MERCADO**

El grito de los rebeldes es el grito de la vida que renace

Traducción para América Latina por ITZAMNÁ

Pintura de portada: Beatriz Aurora, Diseño de portada: Alejandra
Welch Diseño editorial: Gabriela Hinojosa

ÍNDICE

Hacer tabla rasa de un pasado que nos ha desaprendido a vivir	5
Estamos en el ojo del huracán de una civilización en mutación.....	8
Nuestra inhumanidad es el producto de una civilización que privilegia la ganancia en detrimento de lo humano.....	10
La violación de la naturaleza instauro el reino de la antiphysis.....	11
La identificación de la vida con la sobrevivencia es una de las mentiras fundadoras de la civilización mercantil.....	13
El capitalismo procede a una desertificación sistémica de la tierra y del ser humano.....	18
El molino laminario consumista y la regresión del proletariado al estado de la plebe.....	20
El trabajo parasitario ahora gana sobre el trabajo socialmente útil	26
El regreso de la conciencia humana.....	27
La desesperación hace la fuerza del poder.....	30
La impostura del progreso.....	33
Destruir los muros de lamentación.....	35
¡Basta de gemidos y de indignación!	38
Elogio y límites de la ira insurreccional.....	40

El regreso a la base.....	46
La subjetividad radical es el fundamento de la autonomía individual.....	50
La subjetividad radical toma significado en la lucha contra la reificación.....	54
La conciencia de una subjetividad radical libera del gregarismo.....	56
¿Cuál autogestión?.....	61
Las señales anunciadas de un estilo de vida no tiene nada de profético, son la marca de una conciencia que despierta.....	63
Para superar las dualidades.....	66
Instaurar, mas allá del virilismo y del feminismo, la preeminencia acratia de la mujer.....	78
La insurrección de la vida, un modo de autodefensa de las tierras libres	84
La autogestión de la vida cotidiana es la forma social mas apropiada para nuestro devenir humano.....	93
“Al final vais a ser tocado”	101

**¿EN QUÉ PUNTO ESTAMOS CON EL MUNDO?
¿EN QUÉ PUNTO ESTAMOS CON
NOSOTROS MISMOS?**

**HACER TABLA RASA DE UN PASADO
QUE NOS HA DESAPRENDIDO A VIVIR**

Si hubiera tenido el talento de un orador del género humano, habría esbozado el fresco del desafortunado destino que desde hace tanto tiempo mantiene agobiadas a nuestra especie y a aquellas de las que pretende ser el arrogante señor. No habría omitido de exaltar aquí y allá las rebeliones y los movimientos insurreccionales que, con terquedad, intentaron terminar con el reino aparentemente inquebrantable de la barbarie.

Quizás, en realidad, esté aliviado de no estar dotado de esta elocuencia demasiado propensa a cortejar la complacencia del tribuno y la vanidad del maestro del pensamiento.

En el desorden que sacude el universo de las ideas, quisiera limitarme aquí a lanzar lo suficiente para que broten algunas hipótesis y sugerencias. Con una sola preocupación: que marquen una ruptura absoluta con los prejuicios y dogmas del pasado.

No tengo nada que decirle a quien no sienta disgusto por el agua de calcetín de las viejas basuras recicladas, por el pobre caldo del cual se alimentan

desde hace siglos nuestras culturas, nuestros gestos y nuestras costumbres, por el hostigamiento de una educación permanente que busca, con un fervor frenético, desaprendernos a vivir.

No vean en la enumeración de los hechos deplorables, expuestos aquí, más que un recordatorio, para hacer memoria. Para aquellos y aquellas que tienen conciencia del presente brutalmente afirmado, les parecerá inútil. Para vencer la incesante repetición de los prejuicios, los arcaísmos y las mentiras que, de generación en generación, pone a los pueblos de rodillas, las nuevas ideas no tienen otra opción que la de hacer reventar, de tanto redoble, los tambores del cretinismo que ensordecen al mundo.

Son muchos ahora los que saben la extensión del desierto en donde andan. Ojalá logren resguardarse de aquellos y aquellas que pretenderían sacarlos de ahí y guiarlos hacia una tierra prometida.

Solo depende de ustedes el asegurar su propia mancipación. La autogestión generalizada no es sino la emancipación de uno por la emancipación de todos. Tales consideraciones merecen algo más que los acostumbrados balances de la globalización, que tanto les gusta hacer a los sociólogos. Me parecieron exigir, con toda prioridad, la confrontación de las ideas. Son demasiados los rebeldes que se sienten impotentes frente al colapso acelerado del viejo mundo y a la demasiada lenta aparición del nuevo. Mejor saber que en cada uno y cada una de nosotros se encuentra la fuente de una conmoción universal.

Insisto una vez más: saquen de sus debates el cuestionamiento leninista de “qué hacer”. Todavía hoy, bajo las banderas del izquierdismo y del radicalismo, las intrusiones del sistema político y lo sindical, les muestran cuáles son sus consecuencias.

No preconizo caer en la desorganización, el caos de la dilación o la confusión que no permite elegir. Solo creo que la *auto-organización* tiene que priorizarse sobre la voluntad de organización externa, sobre las consignas que vienen de arriba, sobre las resoluciones que no hayan salido de las asambleas de democracia directa. No escaparán de la torpeza, del ensayo y los errores inherentes a todos los comienzos; pero tengo confianza en la conciencia humana. Hemos conocido al hombre principalmente por su estupidez y su bestialidad. Esto es el lado oscuro de una inteligencia que nunca ha desaparecido ni ha dejado de renacer y afirmarse a pesar de los peores excesos de un salvajismo generalizado.

El camino hacia la eficiencia está marcado por la explotación del hombre por el hombre. Descubrir las razones profundas de la ira y de la tormenta emocional abre los comportamientos, las mentalidades, las costumbres hacia una forma poética donde el deseo de vivir y su generosidad superan las otras preocupaciones, no descuidándolas sino devorándolas.

Confío en la radicalización espontánea de los individuos y de las comunidades.

ESTAMOS EN EL OJO DEL HURACÁN DE UNA CIVILIZACIÓN EN MUTACIÓN

Pasado y futuro se volvieron irrespirables. El presente retiene su respiración, tiene miedo de inspirar un aire nuevo y de hacer escuchar su voz.

Todo vacila, ¿a qué podemos agarrarnos? La roca de las viejas certezas se ha desintegrado. Los nostálgicos pueden recoger los escombros, blandiéndolos con el brazo en alto y usándolos para matar una y otra vez: autoridad, patriarcado, patria, familia, trabajo, ideologías, religiones, sacralidad, que ya solo despiertan risitas burlonas hasta en la boca de aquellos que quieren creer en ellos a pesar de todo.

Una civilización piramidal se desmorona y se derrumba. Estaba vieja y podrida desde el principio. ¿Cuánto tiempo lleva esto? ¿Cinco mil, seis mil años de una civilización que se disfraza y se maquilla para ocultar su decrepitud? La religión y la filosofía la han ayudado a mantener a la humanidad en la estrechez de una cuna que ha sido su cama de tortura. Es entonces, al mismo tiempo, que la tierra se ha convertido en un “valle de lágrimas”.

Nuestros cerebros están rellenos de paraísos perdidos, castigos divinos, decretos celestiales castigando con exilio eterno la inocencia terrenal y sus oasis edénicos.

Hoy, el sistema de explotación del hombre por hombre ya no necesita más de maquillaje, ni de ba-

ratijas, ni de disimulación. La civilización mercantilista muere y hace morir sin consideración Su purulencia está viva. Le presta a su agonía la rentabilidad de una bancarrota fraudulenta, no lo oculta. Tiene la sonrisa cínica de un Sardanapalus ordenando arrastrar con él a todo el mundo a la tumba.

Pero existen en este mundo seres que resisten a la grande desfibradora de la ganancia. Estos no tienen la intención de doblegarse al destino funesto que la fuerza de las cosas parece imponerles. Afirmar ser sujeto impide que la excavadora de cosificación los transforme en *objetos*, en mercancías.

Ciertamente estamos lejos de la Comuna de París, de los soviets de Cronstadt, de las colectividades libertarias, pilares de la revolución de España. Los dientes desgastados por la servidumbre voluntaria infligen mordiscos inofensivos a la guardia que nos gobierna.

Sin embargo, se siente que una nueva civilización emerge tímidamente. Percibimos signos dispersos. Esta cambia con cautela como un niño en el proceso incierto cuando cae, sube, retrocede, se detiene, gime, reinicia. En alguna parte de nosotros y en el planeta, la vida renace a pesar de la opresión de las mercancías que la sofocan.

NUESTRA INHUMANIDAD ES EL PRODUCTO DE UNA CIVILIZACIÓN QUE PRIVILEGIA LA GANANCIA EN DETRIMENTO DE LO HUMANO

El sistema de explotación del hombre por el hombre, en el curso de la “revolución agraria”, nace y se desarrolla con la aparición de las ciudades-Estado, modificando la evolución natural del hombre y la mujer sometiéndoles a mecanismos comportamentales que van a afectar sus modos de pensamiento y de sensibilidad, sus reacciones emocionales, su psicología. La necesidad imperativa de trabajar deriva de una opción, fundadora de una estructura social radicalmente nueva.

La determinación de extraer de la naturaleza terrestre y de la naturaleza humana los recursos de los que nos permitimos el derecho de arrancarles de forma tajante, teniendo por objetivo no el proporcionar el pan de cada día sino el amasar el dinero que lo pagará. No es la subsistencia que se privilegia sino la ganancia. La moneda concretiza la prioridad del valor de cambio sobre el valor de uso. El carácter acumulativo del dinero va a la par con la emergencia de un poder ejercido por unos cuantos en detrimento de muchos otros.

El auge del productivismo ha roto, obstaculizado, corrompido el proceso que en un inicio experimentalmente en sociedades nómadas y de recolección, iban de alguna manera encaminándose, bien que mal, hacia una especificidad humana librándose poco a poco de su originalidad animal. Hacia su auto creación.

LA VIOLACIÓN DE LA NATURALEZA INSTAURA EL REINO DE LA ANTIPHYSIS¹

La transformación de la fuerza de vida en fuerza de trabajo es el sacrificio original en el cual, desde la infancia, las mujeres y los hombres se ven obligados a sobrevivir en la jungla social, donde el instinto de depredación, propio de la especie animal, no ha sido rebasado y alimenta con la rabia de la apropiación, las luchas competitivas y belicosas que ella misma suscita.

Esta regresión reenvía al Hombre, en el sentido general del término, a una etapa ni completamente animal ni completamente humana. Esta marca una ruptura absoluta con los modos de solidaridad colectiva que caracterizaron a las sociedades pre-agrarias, donde la ausencia de guerra, el débil umbral de violencia y la importancia dada a las mujeres han dejado huellas en la memoria e inspirado las leyendas y mitos de la edad de oro y del paraíso perdido.

La violación y el saqueo de la naturaleza han detenido la alianza con el entorno natural. Éste generosamente ofrecía sustento a quien aprendía a usarlo a su favor.

Las poblaciones paleolíticas iniciaban experimentalmente a desarrollar esta facultad que es privilegio de la especie humana: la auto-creación - inseparablemente - del mundo circundante Esta evolución, en simbiosis con la naturaleza, fue reemplazada por

1 NdT: Antiphysis, se refiere a lo antinatural.

una guerra de conquista. La búsqueda prioritaria de ganancias ha hecho de la naturaleza terrestre y de la naturaleza humana enemigos a la vez temibles y despreciables. Obstáculos ante el progreso “civilizador” de la economía.

El reino del antiphysis -de la antinaturaleza- no ha dejado de imponerse. Todavía estamos en la realidad de un cuerpo honrado como una máquina para producir y odiado como lugar de vida, de deseos, de placeres aun por afinar.

Si los filósofos -sirvientes más a menudo dóciles que rebeldes de la teología- han tratado con una arrogancia con miedo, incluso con odio y desprecio, lo que se trataba de placer y felicidad ¿no es acaso el efecto ordinario de esta antiphysis cuyo pensamiento dualista concibe sólo una oposición conflictiva y cómplice entre un cuerpo funcional, eficaz, deportivo, sano, militarizado, estajanovista², y un cuerpo devastado por su bestialidad, desnaturalizado por su sujeción al reflejo de la depredación, que Sade exalta y que Fourier anima a superar?

2 NdT: Stajanovismo, ejemplo del productivismo máximo en el régimen estalinista.

LA IDENTIFICACIÓN DE LA VIDA CON LA SOBREVIVENCIA ES UNA DE LAS MENTIRAS FUNDADORAS DE LA CIVILIZACIÓN MERCANTIL

La sobrevivencia es la forma economizada de la vida. En cualquier tiempo, la existencia de individuos y colectividades no ha sido más que un infierno con aire acondicionado. Los únicos cambios apreciables se limitaron a traducir, de acuerdo con las tormentas y apaciguamientos de la historia, las variaciones de lo intolerable.

Porque la vida economizada, la vida sin vida, ha sido siempre un lugar de decepción y de desolación, a tal punto que la imaginación angustiada ha abogado por otro lugar tan admirable pero que es preciso morir para poder alcanzarlo.

Ciertamente, los ricos vegetan más cómodamente que los pobres, pero en términos de ser feliz, ¡nada de nada! La culpabilidad, el miedo, la frustración, la amenaza de la morbosidad omnipresente los persigue del mismo modo, como si su absurda carencia de vida, multiplicara los espectros de esta locura evocada por Erasmo, Brandt y Quevedo. Explotadores y explotados se relacionan con terror endémico, temiendo a la daga que puede brotar de cada mano amiga o enemiga. El desliz mental y la explosión de violencia indiscriminada tienen caprichos en cada esquina.

Pero desde esta esquina callejera rabiosa, la conciencia humana también está abriéndose camino.

Fue necesaria una renuncia a toda prueba para acomodarse a lo largo de las horas y de los siglos a este exilio de sí mismo donde vemos los deseos más ardientes volverse su contrario y son empujados a la tumba a cualquier edad.

¿A qué masoquismo religioso y profano nos entregamos para atribuir - a un castigo divino, a una caída decretada por mandato celestial o debida a alguna malformación ontológica - esta frustración que nos lleva a desgarrarnos y a desgarrar a otros?

El saqueo de la Tierra con fines de lucro la ha reducido a un “valle de lágrimas” donde la mujer, el hombre y el niño deben “ganarse el pan con el sudor de su frente”. La expresión bíblica expresa con una loable precisión a qué ruptura y a qué desviación el proceso de evolución ha estado confrontado luego que, en unos pocos milenios, las civilizaciones basadas en el nomadismo y la recolección de recursos naturales, la igualdad del hombre y de la mujer pasaron a una civilización que desarrollaba la agricultura intensiva y comercio competitivo al basarlos en sociedades sedentarias jerárquicas, patriarcales y militarizadas.

En resumen. El homínido se vio involucrado en una civilización donde el humano ha sido desposeído de su ser en beneficio del tener. La empresa del trabajo hasta nuestros días ha vampirizado el potencial de creación que es la verdadera riqueza de las mujeres y los hombres. Reducida a producir ganancias, cualquier criatura que se vea obligada a trabajar se equipara con un objeto de mercado. Ya sea que se

apropie de la función intelectual que establece el dominio de la cabeza sobre el cuerpo y del amo sobre el esclavo, o que su condición manual lo someta y lo ponga bajo las órdenes de un jefe, todo trabajador tiene ni más ni menos que el estatus de una mercancía.

La sobrevivencia es la vida desnaturalizada. La evolución de nuestra especie nos ha conferido el privilegio de transformarnos transformando el mundo. Lo que se bosquejaba en el paleolítico implementó la facultad de crear un entorno natural recogiendo lo que hay en el maná terrenal, favoreciendo las potencialidades creativas del hombre y de la mujer en proceso de humanización. Encontrarse obligado a renunciar a la exuberancia experiencial de la vida para invertir esta energía vital en una fuerza laboral que transforma el mundo y sus habitantes en mercancías, no tiene lugar sin que se produzca una cierta morbilidad psicológica, un desequilibrio donde no sabemos quién, si el homínido o la bestia, trazan el siempre árido camino del Destino.

Confundir la vida con la sobrevivencia hace de la realidad una realidad de falsedades establecida por el sistema de explotación del hombre por el hombre, que es la base de nuestra civilización mercantilizada. ¿Quién aún cree que garantizar el pan diario justifica la necesidad de trabajar mientras que todo el tiempo una minoría se enriquece a expensas de una laboriosa mayoría, obligada a pagar por los bienes que produce?

Sacrificar sus deseos en el altar del trabajo es sacrificar el ser por el tener y el gusto por la apropiación.

ción. Un propietario no disfruta de sus bienes, trabaja para hacerlos producir. La usurpación sustituyó el ejercicio de la creatividad por una miserable actividad mecánica, establecida por el imperio del dinero que envenena las acciones de los vivos. A caso los amantes no sienten los efectos devastadores cada vez que los refinamientos de la ternura dan paso al apaciguamiento sin amor.

La sobrevivencia es la adaptación a un malestar fabricado a sabiendas. Que la metafísica continúe a ver ahí una malformación ontológica o una falla natural es sólo una de las afirmaciones cínicas de quienes hasta ahora han mantenido la mentira permanente en la que nuestra existencia está envuelta.

¿Hasta qué grado de desesperación frenética vamos a tolerar lo intolerable? ¿Es que vivir y encontrarse desde la infancia hasta la muerte, se reducirá a una existencia de bestia de presa y de bestia de carga?

Tener un diploma, un trabajo, un ascenso, tarjetas bancarias, una autoridad, un rol, una función, no es el ser. Ser significa tomar conciencia de su deseo de vivir a fin de aprender a vivir según sus deseos.

¿Hasta qué punto de degradación y servidumbre voluntaria vamos a caer y arrastrarnos a un estado de sobrevivencia) en un mundo donde la desgracia y la muerte se adornan con más atractivos que la felicidad y la vida? No hago la pregunta para agregar a la resignación el peso de la culpa. Ella es el fruto de

mi ira, de mi impaciencia de ver los ojos y los oídos deshacerse de lo que los obstruye: la omnipresencia otorgada al dinero, las ganancias, el poder, a los negocios y su odioso privilegio de sofocar los gritos de la vida oprimida.

No hay lugar para la alegría en el laberinto donde la existencia arrastra sus esperanzas y decepciones. Los rincones donde la penumbra, la melancolía, la desesperación están tratando de exorcizarse son sólo callejones sin salida: las drogas, el trabajo, la liberación y la violencia de la frustración caen en el cesto que la rentabilidad extiende en todas partes. ¿Cómo la vida prohibida no prestaría encanto a la muerte? Porque la muerte también es fuente de ganancias. La muerte de los paisajes, de las poblaciones, de los animales, de los océanos, de los bosques. El ejército de las multinacionales, las mafias políticas y los resignados que hacen los plebiscitos que las favorecen forman el partido del Ángel de la Muerte o de los Grandes Segadores, el único que domina hoy.

EI CAPITALISMO PROCEDE A UNA DESERTIFICACIÓN SISTÉMICA DE LA TIERRA Y DEL SER HUMANO

Individuos y sociedades nunca han cesado de estar heridos por la barbarie de las historias que viven y forjan, todo a la vez. Pero durante siglos, las manifestaciones más tóxicas de nuestra civilización permanecieron limitadas a las áreas de expansión que el auge del progreso técnico intenta ampliar cada vez más y más, hasta asentar su imperio sobre todo el planeta.

Versión moderna de la vieja economía de explotación, el capitalismo siempre ha sido la causa de las guerras y la miseria de las mayorías, pero nunca hasta este punto en el que ha causado estragos con tal cinismo y tanta fría determinación.

El capitalismo devasta paisajes, implanta sus nocividades, destruye por todos lados la vida. Ayer todavía, invocaba el progreso, el bien público, el bienestar del consumo. Ahora ni se molesta en invocar uno u otro de los motivos filantrópicos que solía sacar del bolso sin fondo de sus mentiras. Nos pone enfrente de la cruda realidad: no es más que una máquina de ganancias.

Ciertamente, sus ruedas ignoran las aspiraciones humanas y además desconocen paralelamente la facilidad con la que pueden romperse, saltar y separarse. Al encuentro de la gigantesca maquinaria programada para transformar a los hombres a las mu-

jeros y a los niños en objetos -en dónde la mercancía es el modelo-, tenemos un arma de la cual la gran demoledora no va a disponer jamás: el poder de la vida que sin cesar renace, la poesía creativa hecha por todos y por cada uno de nosotros.

EL MOLINO LAMINARIO CONSUMISTA Y LA REGRESIÓN DEL PROLETARIADO AL ESTADO DE PLEBE (A LA PLEBE)

Hasta los años 1950, el capitalismo saca sus principales beneficios del sector de la producción. El lema es: productividad.

Es la época en la cual la combatividad obrera le arranca las ventajas sociales. Los aumentos de salario aportan a la sobrevivencia, aun manteniéndola miserable, una especie de seguridad a los que las luchas y reivindicaciones se muestran atentas, aunque bien gangrenadas por la burocracia sindical y política.

La descolonización emprendida por los países cuyos los poderes colonizadores habían saqueado hasta entonces, sin escrúpulos, sus riquezas, hace pesar sobre el capital la amenaza de la escasez de productos indispensables para su auge. Asistimos a una re-conversión del capitalismo. El sector productivo está siendo abandonado gradualmente por una nueva forma de colonización que afectó a Europa y terminó devorando el imperio estalinista.

Ya la política expansionista estadounidense había propuesto, bajo una cobertura evangélica y filantrópica, mejorar la suerte de los pueblos occidentales que habían experimentado una guerra reciente. Se les “ofrecía” beneficiarse de una abundancia de bienes de consumo que un sistema de distribución pondría a la disposición de un gran número de personas. El sector de consumo va a aparecer rápidamente a la

mirada del capitalismo como una fuente de ganancia mucho más considerable y segura que el sector de la producción.

Los patrones reclaman ayudas considerables del Estado con el pretexto de modernizar sus fábricas y sus negocios. Así se ponen en las bolsas el dinero y lejos de renovar las herramientas de trabajo, terminan cerrando sus negocios, huyendo a sus responsabilidades.

La implantación de supermercados invadiendo el territorio presenta ventajas considerables, reanimando el viejo mito de la abundancia edénica. Los bienes más diversos se ponen al alcance de todos, basta deslizarse libremente por los estantes. El único inconveniente es que la libertad se detiene donde inicia la cola de las cajas de pago.

¿No estamos viendo aquí acaso una demostración de la democracia totalitaria que nos gobierna?

La agresividad reivindicadora inherente al sector de la producción se tranquilizó. El salario sirve ahora para consumir. El obrero intercambia distintas veces por semana su overol de trabajo contra los vestidos de un comprador de bienes. ¡Y cuales bienes! Su envoltura está por encima del contenido, su representación espectacular es más importante que su substancia. El valor de un par de zapatos reside menos en su uso que en la imagen de prestigio que le confiere de acuerdo con la moda. Mientras que el trabajo útil para la sociedad se rarifica, el trabajo parasitario crece en provecho de servicios inútiles.

La promoción publicitaria de no importa que cosa, va a inspirar nuevas actitudes políticas. El desplome de las ideologías tradicionales -socialismo, comunismo, liberalismo, fascismo y todas las demás- incita a los candidatos a tratar a los electores como clientes gestionados por una campaña de persuasión con técnicas probadas de publicidad que no tienen pena de esconder.

El candidato *new look* se muestra como es verdaderamente. No un hombre o una mujer de ideas sino como una criatura que no tiene en la cabeza más que una idea: ejercer el poder.

La manipulación de las masas no data de ayer. Los arcaísmos religiosos y las ideologías de los siglos XIX y XX ya lo han mostrado. Lo que es nuevo es que ya no hay necesidad de una creencia, ni de un fanatismo, ni de una movilización en torno de un programa para tomar el pelo a los ingenuos. Pensemos en los enfrentamientos del pasado y veamos con que docilidad los electores, como un banco de pescados serpenteantes, se precipitan en la trampa donde serán democráticamente contabilizados.

El clientelismo aporta una ayuda preciosa a la cretinización de las masas. La conciencia proletaria ha sido laminada por el consumismo. El proletariado así ha retrocedido al estado de plebe, ese magma apático e insurreccional que reinó antes de la industrialización.

Sin embargo, algunas señales esparcidas lo muestran: nada está garantizado, ni siquiera la

servidumbre. Desde que el capitalismo consumista enarboló triunfalmente su aura triunfal del proyecto de *Welfare State*, estado de bienestar, para todos y todas, ha suscitado un movimiento de rechazo global. Una escupida masiva saludó al hedonismo del mercado, al aburrimiento subvencionado, a la cómoda decoración “ofrecida” a la sobrevivencia. La radicalidad del movimiento de las ocupaciones en mayo de 1968 puso en evidencia el rechazo de un mundo donde todo se paga. Los golpes mortales han sido dados al trabajo, al patriarcado, a la autoridad, a las prohibiciones, al intercambio, a la culpabilidad, al sacrificio, a la misoginia. Ahí hemos visto exaltarse la vida, la gratuidad, el “don”, la solidaridad, la generosidad humana. En un tiempo de esclarecimiento breve e intenso, una violencia impuso a la barbarie del viejo mundo, el respiro tempestuoso de una sociedad nueva aspirando a un verdadero bienestar, a la verdadera libertad, al deseo que rompe las cadenas de la desnaturalización.

La ocupación de lugares de los cuales el Estado y sus gobernantes mafiosos son los propietarios, no fue un simple desafío, un enfrentamiento insurreccional. Ahí se esbozaba un proyecto de vida diferente, liberado de las servidumbres mercantilistas, un proyecto de auto gestión generalizada dónde los individuos y la sociedad trataban de ponerse de acuerdo y, en cualquier caso, para dar primacía a los derechos humanos sobre los derechos de oprimir y matar.

Aunque la moda del consumismo haya triunfado sobre las esperanzas que su rechazo hizo nacer,

tiene menos importancia que el sueño inacabado que continúa viviendo de forma subterránea que sólo espera el gran día para re- florecer con todas las puertas abiertas. La restauración del consumismo no es diferente a la restauración monárquica que en vano trató de borrar la extraordinaria contribución de la Revolución francesa al progreso humano, que ni la cuchilla de la guillotina pudo hacer fracasar.

El capitalismo *new look* trabaja de ahora en adelante, y a pesar de él, por supuesto, en el resurgimiento del proyecto de autogestión puesto en práctica por las comunidades libertarias que existieron durante la revolución española. La escala de destrucción destaca con cruel evidencia en qué callejón del universo de lo vivo se debate, se encoge, se ahoga. Todas las estaciones están marchitas. La alegría de vivir se invierte en fiestas fúnebres donde las violencias de la frustración y del aburrimiento se sacian bajo el “sol negro de la melancolía”.

Porque el capitalismo consumista se duplica tomando una nueva prioridad: el desarrollo frenético de las transacciones especulativas. Estas confían en el beneficio a corto plazo que les asegura las inversiones en el mercado de valores. Las últimas fábricas y lugares de producción son enviados a la chatarra para jugarse en el mercado de valores, independientemente de su utilidad y ganancias que todavía estaban almacenando. Empresas perfectamente competitivas son borradas de un golpe por la rapacidad de los que quieren hacer subir el precio de una acción en la bolsa.

De este modo en el siglo pasado, se quemaban los excedentes de café para evitar una caída de los precios en el mercado.

EL TRABAJO PARASITARIO AHORA GANA SOBRE EL TRABAJO SOCIALMENTE ÚTIL

El trabajo tiende a no ser más que una gestión de servicios burocráticos parasitarios, de *management*, como lo dice la lengua francesa, ella también constreñida a economizar de más en más.

La idea misma de un trabajo útil a la sociedad da lugar al deseo fáctico de la rapacidad capitalista que se inculca como modelo por excelencia de la eficacia universal: el ganar dinero.

Al mismo tiempo la pauperización del mundo se acelera con la exclusión creciente de las masas trabajadoras que ayer todavía aseguraban la riqueza que el capitalismo hoy abandona en beneficio de la especulación del mercado bursátil.

Los templos de la mercancía y del hedonismo consumista están amenazados por el apremio de esta sobrevivencia cuya comodidad estaba garantizada, incluso si la mentira del *Welfare State* (Estado del bienestar) había durado mucho. El dinero virtual hartándose de su propia sustancia, alimenta el negocio, no alimenta más a las poblaciones.

El trabajo parasitario es la imagen del parasitismo financiero del que los Estados son sus guardaespaldas.

EL REGRESO DE LA CONCIENCIA HUMANA

Paradójicamente en estas condiciones de angustia extrema, la conciencia proletaria en peligro de desaparición da paso al renacimiento de una conciencia humana. El fenómeno no tiene nada de misterioso. La conciencia proletaria no ha sido más que la forma social revestida por la conciencia de los trabajadores confrontados a la dureza de la existencia cotidiana.

Esta forma ha sido determinada en un momento preciso de la historia: la industrialización promovida por el formidable auge del capitalismo desde los inicios del siglo XIX.

Como los esclavos y los siervos fueron el producto de regímenes agrarios y tiránicos, sus hermanos y hermanas, los proletarios, forman la masa explotable de la cual el capitalismo se beneficia. Pero si el proletariado logra una mejor comprensión de sus condiciones de trabajo en relación a la plebe de la Antigüedad y del Antiguo Régimen, entonces el joven capitalismo, recién salido del oscurantismo, se glorifica a sí mismo de haber ganado. Se ve heredero de los enciclopedistas, de Diderot, de Voltaire, de Rousseau, del tiempo de las Luces. ¿No se juró acaso hacer él del Hombre un nuevo Prometeo?

El capitán de la industria desafía a los dioses liberando la criatura de las cadenas forjadas por su obediencia celeste. Él trae progreso al pueblo (a la gente), así como, dos siglos después, sus herederos

iluminarán las fábricas consumistas con las luces de neón de la tierra prometida. Pero las Luces del joven capitalismo iluminan también los bajos fondos, la miseria insoportable de las masas trabajadoras, la separación entre el discurso humanitario -celeste- y la realidad terrestre, de las minas, de las fábricas, de las laminarias, donde nos martillamos por un pedazo de pan.

El infierno de *l'Arbeit macht frei*, que tendría que ocuparse de abrir las puertas al paraíso, es el lugar del nacimiento de la conciencia proletaria. Es ahí que ésta se ha agudizado, cultivando un terreno fértil donde el pensamiento burgués se había mantenido radical y emancipador, donde la generosidad humana tenía posibilidad de fructificar. Se nutría así el proyecto de una sociedad sin clases, sin jerarquías; una sociedad abierta a la autocreación. El proletariado siempre ha sido -contrariamente a las profesiones de fé obreristas- una condición a ser abolida.

Al desintegrarse, la conciencia proletaria deja emerger la conciencia humana, que fue ella misma en un momento de la historia. La lucha de clases se convirtió, ya va siendo hora de darse cuenta, en una lucha por el derecho a vivir, del combate por la autonomía individual y colectiva emancipándose de todas las formas de poder.

El oscurantismo resumaba, como una purulencia, de la opresión de dioses y amos, garantes de su realidad unificadora terrestre y celestial. La cretinización consiste hoy en ocultar una inteligencia sensible

en la que la vivacidad permite al sujeto no dejarse transformar en objeto de mercado, no dejarse reducir a una cifra y no dejarse programar en los cálculos de la rentabilidad.

He aquí que la desertificación de la tierra y de la vida socava seriamente la ilusión de una felicidad consumible, de placeres monetarios a perpetuidad. Su devastación hace pesar sobre la sobrevivencia de la especie, una amenaza que los envenenadores con patente ni siquiera intentan disimular. La locura rabiosa de la ganancia y el torbellino ciclónico del dinero se multiplica el número de saqueadores listos a cualquier crueldad por un puñado de dólares. Los que predicán los valores humanitarios son los mismos que bombardean las poblaciones, quienes aplican torturas a los insumisos y, en la danza del escalpo de sus macabras incursiones persecutorias, extendieron los hedores de muerte de un planeta rentabilizando sus fosas comunes.

Por qué inversión de perspectiva, por cual cambio de comportamiento y mentalidad llegaremos a esta evidencia obvia, enterrada bajo el amasijo de imposturas seculares: “para derrotar al partido de la muerte, sólo tenemos la opción de fortalecer la vida que hay en nosotros y de propagar por todos lados los derechos imprescriptibles de lo vivo.

La mutación de la civilización tiene como poesía práctica la mutación de los modales, de mentalidades y de los corazones.

LA DESESPERACIÓN HACE LA FUERZA DEL PODER

La observación de la realidad es, con demasiada frecuencia, sólo una coartada de inmovilidad. Lo que es deplorable en la opinión de que el hombre es el peor enemigo del hombre, no es tanto un sentimiento que transmite una verdad inquebrantable, sino una fatalidad inherente a la pretendida naturaleza del Hombre.

Pero, detrás de esta agresividad, falazmente natural, que sitúa a un ser, falsamente humano, contra sí mismo y contra sus semejantes ¿qué es lo que se esconde? ¿Cuál es la verdadera causa de las guerras, cuál es el origen de la danza macabra que da los ritmos de las sangrientas bacanales de nuestra historia?

Largo tiempo infestado por el conservadurismo patriarcal, el saber impregnado de una virilidad arrogante ha despreciado en todos los ámbitos de la vida la dimensión femenina que se manifiesta en las costumbres, en la historia, en la cultura; ámbito en el cual descubrimos tardíamente que también hubo una cacería de brujas.

Sin entrar en los recientes debates que agitan a los arqueólogos e historiadores, podemos permitirnos afirmar de manera plausible que la barbarie de las guerras, de la violencia destructiva y de la misoginia, son el producto de una sociedad jerarquizada y de una economía explotadora de la naturaleza te-

restre y de la naturaleza humana; de una civilización que funda su especificidad sobre la transformación del mundo en mercancía.

En una etapa perfectamente datable de su evolución, la especie humana ha retrocedido. Esta se equivocó en su proceso de refinamiento. La existencia del hombre y de la mujer fue privada - por así decirlo-, robada de su desarrollo en simbiosis con el medio ambiente. Que haya caído así en un estado de supervivencia semi-bestial resulta de un experimento cuyos efectos desafortunados nunca han cesado de aterrarnos.

Es esta vieja tiranía de poder y de ganancias que se ahoga mundialmente enfrente de nuestros ojos no sin cegar nuestra mirada, agarrándonos y sofocándonos por todos lados en su agonía y angustia.

En esta gran alcantarilla en la que el poder absoluto del dinero lleva todo al desagüe, ¿cómo no agarrarse de algo para saltar afuera de la cloaca, ganar una orilla donde retomar finalmente un respiro y esta voluntad de vivir que permaneció arraigada en nosotros, a pesar de las peores represiones?

Restablecer la preeminencia de lo humano es tomar conciencia de esta fuerza secreta de la que se irradia todo el deseo auténtico, todo deseo de vida.

Mientras tanto, la descolonización consumista se inscribe en la estela de una pauperización que se aproxima a dismantelar las fábricas de los falsos de-

seos por todas partes implantadas. Sólo nos queda en este derrumbe programado escoger acompañarlo en su caída (el partido de la muerte no pide nada más que alistarse) o intentar la aventura de una transformación global. Estamos confrontados a un “nudo gordiano”³ que hay que resolver.

¿No tienen acaso ustedes ganas de romper el caparazón del aburrimiento para lanzarse en una experiencia de ruptura radical con toda forma de organización, con toda forma de jerarquía, de poder, de tutela exterior, de pensamiento desencarnado?

¿Deseo de una auto-organización capaz de fertilizar la tierra en el mismo lugar donde se ha secado?

3 NdT: “Nudo gordiano” se refiere a la leyenda de Alejandro el Grande. Es el punto crucial cuya resolución permite un avance decisivo.

LA IMPOSTURA DEL PROGRESO

El sistema de explotación del hombre y de la naturaleza ha innegablemente trastornado los cimientos del universo de fondo en su totalidad. Nadie sueña con negar el alcance del progreso realizado, desde los inicios de la historia hasta la actualidad.

¿Qué progresos? De la lanza a los misiles, del arado a los tractores, de los escribas a las computadoras, de Hipócrates a las biotecnologías, los cambios son impresionantes. Pero no menos impresionante es de hecho la poca distancia que separa el saqueo e incendio de la ciudad-estado de Lagash, en el tercer milenio antes la llamada era cristiana, y las fosas comunes de Auschwitz, las guerras yugoslavas, el genocidio de Ruanda.

La epidemia populista, fascista y neo nazi demuestra aún hoy, a la luz del sarcasmo, la nula importancia de la que el progreso humano puede presumir después de unos cuantos milenios.

Se ven bien los bufones del *bel canto* humanitario. No dejan de recordarnos los horrores hitlero-estalinistas - "nunca más" nos dicen-, cuando a un paso de sus payasadas -tanto en el café local como en los mingitorios universitarios- hermosos espíritus al estilo de Céline eructan pensando, o piensan eructando, en relegar detrás de las alambradas de púas a quienes no están de su lado.

Ciertamente hay porqué desesperarse del Hombre, como lo repite el coro de resignados. Por mi parte, tiendo a desesperarme de estas buenas almas que se apiadan de sí mismas y de los demás. Es una especie que prefiere arrastrarse como larvas en lugar de intentar lo posible y lo imposible tomando con el corazón la poesía práctica que estimula, aunque fuera esporádicamente, lo irresistible de la aspiración a la felicidad de vivir.

Sin embargo, ¿no hay que desesperarse de las larvas! Aunque habitualmente suelen alimentar al partido de la muerte; sucede a veces que su crisálida incuba una mariposa de la cual su frágil aleteo de alas cambiará el mundo.

DESTRUIR LOS MUROS DE LAMENTACIÓN

En el siglo IV, un cierto Jérôme de Stridon, apologista antisemita, santificado por la Iglesia Católica, informa que los judíos a quienes se había prohibido vivir en Jerusalén como resultado de sus derrotas, se les permitió ir a lamentarse enfrente de un muro de su templo destruido y así recordar el fracaso de sus insurrecciones de 70 y de 135. Este pequeño recordatorio histórico no tiene otro interés, en este caso, que el de extirpar de cualquier connotación religiosa un “muro de lamentaciones” que, por desgracia, hoy tiene un significado más universal que el de Jerusalén.

La desesperación levanta a nuestro alrededor y en nosotros, unas armaduras que nuestro sentimiento de impotencia cimienta incansablemente. Estas ofrecen al capitalismo la apreciable ventaja de disimular las grietas donde sus propias ciudades se fisuran. Los economistas de los menos a los más talentosos no se privan de evocar la amenaza de la implosión del sistema. Este hallazgo no preconiza, sin embargo, ningún arrepentimiento, más bien, alienta a la codicia de las mafias a rascar frenéticamente los últimos beneficios antes del fracaso del colapso financiero. Mientras la quiebra anunciada acelera el desmembramiento provechoso de lo viviente, la masa de explotados persiste en arrodillarse ante un rey desnudo y leproso, que los artificios de la puesta en escena acomodan para un concurso de belleza.

Hace siglos que la ola de nuestras revueltas se rompe sobre las rocas de la opresión que estas han

deshilachado en rabiosos chorros de espuma para refluir y caer de nuevo en la apatía cotidiana, donde su violencia ciega se pierde en los remolinos aberrantes de una guerra de todos contra todos.

El efecto desastroso de este rezago de insurrecciones, muy seguido más inspiradas en fantasmas que en un proyecto revolucionario innovador, es que la desesperanza se volvió un lamentable instrumento de opresión en manos de un poder económico, social y político, donde el progreso técnico se usa antes que todo para falsificar, engullir, sofocar los impulsos de vida, sin los que no hay progreso humano: sólo este eso vale la pena, para decir la verdad.

Convencer a todas las poblaciones del mundo de que la fuerza del capitalismo es tan grande que sería vano e ilusorio querer erradicarlo, o incluso atreverse a soñarlo, he aquí una opinión que, inyectada juiciosamente en las muchedumbres, las hunde aún más en los pantanos del letargo. La servidumbre voluntaria viste con gusto la estrella gris de fatalidad irrevocable. “El infierno son los otros” ¿Cierto?

¿Su lamentable fuerza disuasoria no se difunde principalmente a raíz de estos intelectuales que por intervalos regulares aparecen y desaparecen del sombrero cultural como los conejos de los magos? Estos *Cassandras* están obligados al deber de lucidez, lo que requiere que revelen a la población ignorante es que el capitalismo tiene una respuesta para todo, que es un Proteus cuyos ojos y uñas afiladas penetrarán en todas partes y nos ondearán de la cabeza a

los nervios. Es Leviatán⁴ vestido de poder para evitar amenazas y para aplastar a sus enemigos. Su presencia es tal que ella haló de gloria a los luchadores lo suficientemente ingenuos para poder considerar su derrota. En el campo de la resistencia y del coraje infeliz florece una estética de “la revuelta aún más bella cuando está condenada al fracaso”. Ella hace los hermosos días de las arenas donde los profetas del infortunio y los modelos de “la victoria cantada”, se aparean y luchan entre ellos.

Los negociantes de todas las tendencias tienen poco de qué preocuparse de los ardores guerreros del derrotismo militante.

4 NdT: desde la obra de Hobbes, Leviatán, es una metáfora del Estado.

¡BASTA DE GEMIDOS Y DE INDIGNACIÓN!

¡Basta de funerales en medio de escombros! El sistema del cual denunciarnos la barbarie, fue producido por el hombre, en contra de lo que había en él de auténticamente humano.

En la infinitud de experiencias a las cuales ella se libra, la vida ha creado una tierra habitable, ha reunido las condiciones de aparición y de desaparición de criaturas tan diferentes como los dinosaurios y la ramificación neandertaliana del florecimiento homínido.

¡Hay del revoltijo de heno metafísico que lleva tanto tiempo siendo un misterio de esta exuberancia experimental de la que hemos emergido y somos parte! Porque si el homínido es sólo un elemento, entre muchos otros, de esta vida cuya naturaleza es experimentar incansablemente, lo que nos interesa es el privilegio extraordinario que, en la elaboración caótica de la fragua universal, ha sido atribuida a nuestra especie.

Somos parte de esta vitalidad en construcción. Tenemos la facultad de crearnos y de recrear al mundo, a la imagen de esta vida que la transformación de nuestro potencial creativo en fuerzadetrabajovaadeformarenunarepresentación caricaturizada y monstruosa, en una entidad extraterrestre, en un dios devorador de energía al cual la fuerza viva de mujeres y hombres será metódicamente sacrificada.

Nuestros antepasados, obedeciendo una dudosa elección, fueron los hacedores de una experiencia desafortunada (por importante que haya sido, no es el único ejemplo de una orientación autodestructiva: la destrucción del átomo es otra). Ellos substituyeron a una sociedad evolucionando en simbiosis con la naturaleza por una economía de robo y de violación, una sociedad criminal, desnaturalizando la naturaleza terrestre y la naturaleza humana. Condenarlos al oprobio no haría más que tomar la posición inversa de la de estos apologistas de la sociedad patriarcal que, desde Gilgamesh hasta los historiadores y arqueólogos, profesan que la invención de la agricultura y del comercio “ofreció” la más segura garantía de un bienestar para todos.

Seguimos teniendo la nostalgia de un país que no conocemos, porque nunca hemos decidido explorarlo.

ELOGIO Y LÍMITES DE LA IRA INSURRECCIONAL

Son los hábitos de los esclavos que se han cultivado de generación en generación, que engendran la idea y el sentimiento de que nunca podremos liberar la tierra de las cadenas de quienes, desde un oasis, han hecho una prisión.

Declarar que no queremos vivir de rodillas o morir de pie, ¿no es la decisión inaugural de donde surgirá nuestro poder para erradicar a los enemigos de la naturaleza y la vida humana?

La ira y la indignación están en todas partes. No hay ni calle ni sala, ni ciudad ni campo, en donde no se acumulen, con el loco deseo de saciarse y vaciarse sin freno. Cada día la economía del mercado asesina miles de hombres y de mujeres.

Las playas de la implacable rentabilidad están cubiertas de cadáveres parecidos a aquellos de los migrantes que mueren huyendo de la miseria y de la guerra. Pero el mercado no es un tsunami, no es catástrofe natural. Es una máquina en la cual nosotros no queremos ser las ruedas que corran obedientemente.

Sucede que la ira y la indignación se comprueban compatibles con Leviatán. Traviosos, astutos, burocráticos, calientan el plato de la venganza del que se deleitará el rebaño de frustrados. La revuelta de borregos requiere menos, por desgracia, la liquidación del carnicero, que el matadero para todos.

Cuando la ira ciega cae tan bajo como para cazar a los chivos expiatorios, ¿qué pasa en el campo de los insumisos? Las incitaciones mortíferas del gregarismo populista, nacionalista, homofóbico, fundamentalista o neo-nazi causa más a menudo una fuerte reacción humanitaria. El rechazo de las formas de barbarie forma entonces un frente cuyo ardor emocional pone límites insoportables a la inteligencia. La respuesta no es apropiada para la situación que merecería ser abordada con al menos la conciencia de que nosotros no podemos luchar contra el partido de la muerte con las mismas armas que él. Con las armas que matan.

No condeno la violencia de aquellos que los destructores de la vida y su entorno llaman “casseurs” (*brackers*), sólo condeno la inconsecuencia de tal ira. Aun cuando ella alcance en las chispas de los cócteles Molotov, breves destellos de lucidez y júbilo. Ciertamente, esta violencia rompe con sus gritos el aburrido ronroneo de una supervivencia programada. En la libertad que se entrega, por un momento se sospecha que otra vida es posible.

Con menos frenesí angustiante y con un mejor discernimiento, el “casseur” podría ofrecer satisfacciones más sustanciales. Se desmarcaría más abiertamente de la ruptura rentable que practican las mafias estatales y financieras si estableciera zonas francas, si iniciara ocupaciones de tierras liberadas del estado y de la influencia mercantil, si construyera rincones libres (de gratuidad), que agrietarían el concreto de la globalización con efectos más devastadores que

la nitroglicerina, sin hablar del fulminante o del cóctel Molotov.

El militante que se enorgullece de hacer una hazaña militar de incendiar un banco -incluso si no tiene la estupidez de creer que es un golpe para el sistema bancario - es un ser para quien el resentimiento y la liberación emocional reivindicativos, no le permite ir más allá en la búsqueda feliz de erradicar lo que dificulta sus placeres. Se resigna a estos aperitivos sin freno, a esos placeres incompletos que se asemejan a una eyaculación precoz. El viejo reflejo sacrificial del militante impide la vida que hay en él para tomar vuelo. Deshacerse de su ira golpeando una pared, ¡qué desperdicio! Mientras que una rabia generalizada, federada, lúcida tendría alguna posibilidad de romper las barreras de la rentabilidad que nos contienen, nos oprimen y nos encarcelan.

A modo de guiño. ¿Cuál manifestación por tranquila que sea, podría evitar lo que la hipocresía de las almas buenas llama desbordamientos de violencia, como si la violencia no fuera el resultado de la represión estatal, burocrática y uniformada?

Sobre todo, porque estos choques, a menudo cómplices y complacientes, entre adoquines y granadas de gas lacrimógeno, dan visibilidad espectacular a los manifestantes pacíficos y a sus reivindicaciones, lo que no debe desagradarles.

La creación de sociedades autogestionadas es un recurso y un goce. Los frentes antipopulistas o an-

tifascistas hacen parte de los juegos de circo donde la conciencia social se consume. Algunos escalones más arriba, los hombres y las mujeres emprendedoras no se privan de aplaudir.

El cinismo de los gobiernos es tal que no les importan las manifestaciones masivas, exigiendo la supresión de un decreto poco noble o injusto. ¿No han sido acaso ellos quienes se han dado el derecho de promulgarlo en nombre del despotismo democrático? El Estado trata las protestas como un movimiento de ánimo plebeyo, porque no ignora los límites del descontento explosivo. Tan pronto como termine la “gran manifestación”, o los disturbios tradicionalmente reprimidos, cada quien volverá a su casa, disimulando mal su morosidad y jactándose de haber cumplido su deber. Frustrados del cambio esperado, la agitación se convierte en un carnaval. La rabia se torna sobre ella misma, cavando el foso de la desesperanza donde nuestra existencia se ha enterrado desde hace siglos.

El orden necesita del desorden para reinar. Qué importa la bandera enarbolada: xenofobia, misoginia, nacionalismo, religión, ideología, la virtud moral. Incluso las llamadas organizaciones y movimientos revolucionarios que hacen profesión de radicalismo demostrado por la violencia de sus conflictos internos, no escapan a esta estrategia del chivo expiatorio, de la que el Estado posee todas las claves. En un armario con múltiples cajones, cualquier cosa que puede ser etiquetado como terrorismo. Los atentados islamistas están cerca de la rebelión, en Notre-Dame-des-Landes, campesinos, jardineros, criadores, protectores

de fauna y flora, cerveceros, panaderos, auto constructores cuya peligrosidad ha sido demostrada por la intervención de 2 500 gendarmes movilizados para destruir un redil de ovejas, huertos colectivos y casas de cuento o imaginativas.

En cuanto a las multinacionales, sólo necesitan del caos, que les deje las manos libres para los chanchullos del negocio. Su interés radica en generalizar los conflictos absurdos para que estos absorban y digieran la ira que, de este modo, no vendrá a interrumpir sus perforaciones de gas de esquite y otras nocividades implantadas con desprecio por la vida.

Al mismo tiempo, la fuerza del dinero devasta las conciencias, arruina la inteligencia sensible y hace del hombre y la mujer personajes brutales sin escrúpulos. Las mafias de bienes raíces y del turismo tienen la libertad de desalojar a los residentes de los barrios y de los paisajes que pronto serán enterrados por el concreto y la rentabilidad. Por unos cuantos de dolares los campesinos venden sus tierras y dejan su medio ambiente condenado a la contaminación. Los obreros hacen armas, derriban bosques, participan en el establecimiento de catástrofes y se burlan de ser víctimas argumentando el pretexto de que el trabajo de la muerte les proporciona pago y acceso a los supermercados. Al menor revuelo, el dinero sacrosanto cae rápidamente en el bolsillo o fuera de él. El ruido de la caja con dinero en efectivo tetaniza a las multitudes.

La experiencia de otra vida que se dibujaba en Notre-Dame-des Landes, no causó muchas olas de

protesta. Mantenerse de pie juntos en el valle de lágrimas ahorra muchos lacrimógenos para el Estado.

Permanecer ciegos y sordos donde el cinismo y la jactancia de los llamados responsables de la toma de decisiones sigue cavando las trincheras de la devastación planetaria, eso es transformar al ser humano al servilismo que las peores tiranías no obtenían más que al precio de la más cruel opresión. Pocas épocas han descendido al grado de indignidad de la nuestra con una pasividad tan grande, con una tal resignación y complacencia.

Por otra parte, gritar su ira en nada obstaculiza la explotación dominante. Incluso si la violencia tiene éxito de vez en cuando para obtener una reforma, para abrogar una decisión impugnada, para evitar la implementación de un proyecto contaminante, no va mucho más lejos. El poder, por un momento desestabilizado, se recupera, diluye la insubordinación y termina actuando como si no hubiese sucedido nada.

Continuaremos tropezando en un punto muerto hasta que no nos hayamos resuelto a transformar en espacio de experiencias vividas las zonas donde la población entre en lucha contra los efectos nocivos que nos imponen por la dictadura del lucro. Considero como una vana pérdida de energía lo que no se hace en nombre de la vida, en nombre de la poesía hecha por todos; por cada una y cada uno, tomando conciencia de la singularidad de su existencia, de lo que es y de lo que debería ser.

**TODOS LOS MODOS DE GOBIERNOS PASADOS
NO HAN HECHO MAS QUE AGRAVAR
NUESTRA INHUMANIDAD.
OCUPÉMONOS DE NUESTRO PROPIO DESTINO**

EL REGRESO A LA BASE

Hemos vivido en un mundo sin vida, un mundo al revés. Hemos conocido la existencia de un laberinto dónde la absurdidad de nuestras equivocaciones no tenía más que la guía de las luces de la muerte.

Les decretos de un cielo fantasmagórico que gobernaba la tierra, fueron el producto de una división del trabajo entre función intelectual y función manual, la primera asumida por los amos, la segunda por los esclavos. Una como la otra hacen ver la estructura jerárquica que van a adoptar las sociedades agro-mercantiles. Que un tal arcaísmo se haya perpetuado hasta nuestros días, junto con la arrogancia patriarcal y el desprecio por las mujeres, dice mucho sobre el grado de embrutecimiento y la falta de carácter del Hombre, embriagado de la majestuosidad mayúscula que él mismo se ha otorgado.

Al gobernar sobre el cuerpo, como el trabajo sobre la naturaleza, el espíritu establece una separación de facto entre la cabeza -en otras palabras, dicha "la jefa"- y la materia carnal, que se vuelve objeto de desprecio y maltrato; igualmente que la clase dominada, el cuerpo hará el trabajo penoso de servirle para agradecerle.

Una brecha cada vez mayor separa los modos de los comportamientos que se nos imponen “desde arriba”, y la vida cotidiana de millones de hombres y mujeres, sensibles al llamado de su vida, e instan su repetida represión.

El caos existencial calificado de “vida privada”, ahora sabemos que es el lugar y el tiempo dónde se juega nuestro destino. Es el terreno donde se afrontan nuestras grietas, nuestros desmoronamientos, nuestras re-unificaciones y nuestras reconciliaciones. Las declaraciones que persiguen nuestros roles y nuestras puestas en escena revelan la mentira del espectáculo de la vida al revés.

Nosotros queremos dedicar nuestro espacio vital a la verdadera vida. No lograremos ningún éxito sin poner fin a las opciones que hicieron retroceder a mujeres y hombres a la inhumanidad de la supervivencia.

Ninguna sociedad radicalmente humana -quiero decir, cuya raíz es el hombre y la mujer en vía de humanización- podrá conducir su experiencia sin asegurarse de erradicar lo que constituía los cimientos de la civilización mercantil: la jerarquización del cuerpo y de la sociedad; la programación del declive y de la muerte; la separación y el exilio de sí mismo; la preeminencia del objeto sobre el sujeto y del tener sobre el ser; la contabilización de los intercambios y las prácticas de justicia, de culpabilidad, de sacrificio que nacen de todo esto. La depredación y sus juegos de poder en las arenas de los concursos y de la competencia.

¡“Vasto programa”! ironizaba un humorista. No irrelevante. Sin embargo, antes de burlarse de ésto, es de considerar el descrédito que, desde el movimiento de las ocupaciones de mayo de 1968, a pesar de los retrocesos episódicos, abruma la autoridad, el trabajo, la misoginia, el patriarcado, la virtud del sacrificio y del trabajo, la masacre de la naturaleza y las especies animales. Ustedes saben bien -y aunque lo sepan mal- que no habrá durable regreso a los antiguos regímenes, a las bellas épocas de la opresión religiosa e ideológica.

Por otro lado, también es de considerar hasta qué punto el cielo engañoso de las ideas continúa hoy ejerciendo su influencia, insinuándose en el campo de la subversión la más aguerrida. Al tribunal penal del patriarcado triunfante le sucedieron los pretorios de la justicia revolucionaria. Radicalismo, izquierdismo militante y militar traquetean con el mismo impulso (que) las sacudidas de la culpabilidad.

Seamos claros: no son esos combates dudosos, espectaculares y complacientes, llevados a cabo por el activismo humanitario, vegetalista y animal los que van a poner fin a la misoginia, ni al comunitarismo, ni al maltrato de los animales o al individualismo gregario, ni al egoísmo o a la adicción consumista o a las gesticulaciones del poder y del tener. Es a través del surgimiento de un nuevo estilo de vida que se borrarán las malas costumbres, los prejuicios, los comportamientos que fueron la cloaca de nuestra historia, del horror y la barbarie banalizada. En la amenaza que pesa sobre todas las especies terrestres, la sobrevi-

vencia a la cual se ha reducido el género humano no tiene otra salida que la de desaparecer o la de rebasarla, creando la condición de una vida soberana.

La radicalización espontanea descubre siempre sus luces. No ignora lo que las apaga y tampoco ignora lo que las aviva.

En cuanto al retorno al cuerpo y a la naturaleza, están ustedes solos y solos para tomar la decisión. Nunca las condiciones históricas han sido tan propicias para tal elección. Porque a pesar de los conjuros que se unen para impedirnos tal determinación, se trata ahora, pura y llanamente, de una elección de vida que ningún Leviatán podrá aniquilar. Porque la ciencia del Leviatán no va más allá de lo que la muerte le enseñó. Su ignorancia de la vida lo ciega.

LA SUBJETIVIDAD RADICAL ES EL FUNDAMENTO DE LA AUTONOMÍA INDIVIDUAL

El individualismo es la forma desnaturalizada de la autonomía individual. ¿A qué autonomía se refieren los parangones del individualismo jactándose de su libre opción? Están allí, narcisistas y temerosos reclamando su derecho para hablar en voz alta y respondiendo “presente” al primer dador de órdenes y de consignas que le roen sus neuronas. Su independencia se pone de manifiesto en cuanto suena la llamada de la voz que, según un repertorio aprobado, les asigna un papel, un reconocimiento gregario, una etiqueta a la que se identifican con una mezcla de vergüenza y orgullo. Se dan por vencidos todo para adornar una etiqueta, vergonzosa o gloriosa, que los hace ciudadanos, notables, militantes, progresistas, reaccionarios, estadistas, mujeres de negocios, bretones, árabes, estudiantes, franceses, imbéciles, intelectuales y otros que componen el abanico abigarrado de nuestras alienaciones.

¿Pero de qué sirve estigmatizarlos? Sólo son la grava en la excavadora de la ganancia que extirpa la tierra. Denunciar la presunción y la debilidad de la servidumbre voluntaria sólo sería agregarle ingredientes al plato de por sí muy lleno de culpabilidad. Además, nadie lo ignora: los tribunales de la virtud siguen funcionando para el poder.

Sólo es cuestión de poner para todos y cada uno la pregunta: ¿qué queda de vida bajo los nom-

bres que les convierten en objetos y les manipulan tan dócilmente?

Yo aspiro solamente a una toma de conciencia de nuestro potencial de vida, de manera que le sea acordada una prioridad absoluta y que vuelen en pedazos las cadenas de la rapacidad que la ahogan.

El deseo de imprimir un sentido humano a la existencia nace de una voluntad omnipresente de vivir. Tal es la raíz que le da al *sujeto* un valor universal. Porque cada ser toma conciencia de que su subjetividad es un lugar de confrontación donde el deseo humano se enfrenta en todo momento con una conspiración de prohibiciones y de falsificaciones.

Lo que es deseado desde el fondo del corazón tiene una resonancia planetaria haciendo cara al acoso de estas necesidades prefabricadas que, en palabras insistentes de los evangelistas, “inducen a la tentación”.

El proceso de producción y de reproducción de la mercancía transforma en objeto todo lo que toca. Una de las consecuencias entre las más desastrosas de la reificación, es que transforma lo vivo en cosa, al sujeto en objeto, al ser humano en mercancía.

La glaciación de la economía de la ganancia congela las conciencias. La avaricia desmiembra la solidaridad. La rapacidad mata la generosidad a corta distancia. Sin embargo, mientras que algunos están

listos para envenenar una región a cambio de un salario garantizado, otros se lanzan en una lucha terca para preservar un lugar de vida y decretan que no será un área de ganancias.

Esta resistencia bien puede pasar a los ojos de los sicarios del dinero loco como un acto de demencia, pero expresa en realidad la exuberancia de una alianza con todo lo que subsiste de vida en la tierra, ella firma tácitamente un pacto de solidaridad con la naturaleza revocando la barbarie que la saqueó.

Las zonas de insumisión nacen, se multiplican, desaparecen, renacen siempre. Hay en su carácter festivo un potencial creativo del cual comenzamos apenas a imaginar su fuerza. Es un apoyo que no debe nada a nadie. Esta emana de nosotros mismos y viene de los individuos en vía de humanización.

Que la conciencia iluminada de algunos haga alguna grieta, rompa y desintegre el concreto de la realidad la más opresiva, ahí no hay nada de milagro al respecto, sólo existe la manifestación de la voluntad de vivir, repentinamente despertada de su letargo opresivo. Sólo hay una inversión de perspectiva, un movimiento inverso a eso, frecuentemente ilustrado por la historia de esas fiestas funerarias y sangrientas que se transforman, de la desesperación y de la represión, en celebraciones de la alegría de vivir.

En la perspectiva de vida, la energía absorbida por la auto-destrucción programada se encuentra se-

guido transformada y se invierte en la auto-creación de sí mismo. Los anónimos que destruyeron la Bastilla tuvieron ese sentimiento, aunque sólo descubrieron más tarde hasta qué punto sus gestos insensatos habían transformado su existencia y también el curso del mundo.

LA SUBJETIVIDAD RADICAL TOMA SIGNIFICADO EN LA LUCHA CONTRA LA REIFICACIÓN

La subjetividad radical es la lucha que cada ser humano lleva a cabo como *sujeto* contra la determinación del viejo mundo que lo vuelve un *objeto*. En el corazón de esta experiencia constantemente reiterada que es la existencia, no hay nadie que no sea presa de una contradicción que lo desgarré y sea la causa de su malestar endémico.

El sujeto puede sentirse y reconocerse a sí mismo íntimamente único, incomparable a cualquier cosa y a cualquier otra persona, la red de necesidades de las cuales es prisionero y que es considerada como inextricable, le obliga a renunciar a su extraordinaria riqueza potencial -a ese genio que los Griegos antiguos designaban bajo el nombre de *daimôn*- para identificarse a eso que no es él sino una forma abstracta, un simulacro del *ser*, un producto del tener que es a la vez el campo de maniobra del totalitarismo económico - social y la realidad mentirosa instaurada por las leyes que la controlan, como la apropiación, la competencia y el intercambio.

Por un efecto inverso, la naturaleza imposible de vivir de un universo sumiso al saqueo del capitalismo nos devuelve con apariencia de una “última oportunidad” a esta subjetividad que, mantenida en el estado de nada, aspira a convertirse en un todo.

Para que, al tomar conciencia de su poder de vida radical, el sujeto se atreva a afirmarse como un sujeto e ignorar deliberadamente el sistema opresivo que siempre lo ha ignorado.

Finalmente se otorga a sí mismo el derecho de hacer prevalecer sus deseos aniquilando cualquier forma social donde sólo son tolerados los comportamientos promovidos por el consumismo, la ambición empresarial, el cálculo egoísta.

Debido a este despertar y a esta opción, la subjetividad radical se vuelve una práctica poética donde la voluntad de vivir de todos y de todas se vuelve inseparable de la voluntad de vivir de cada uno y cada una. ¿No es esta acaso la única cura al mal de ser el mal de la supervivencia? ¿No es este el propósito que ilustran los versos de André Chénier?⁵

Él que un verdadero demonio presiona, enciende, domina *Ignora tal suplicio, piensa, imagina.*

5 NdT: André Marie Chénier fue un poeta francés, ejecutado el 25 de julio de 1794, durante la Revolución francesa.

LA CONCIENCIA DE UNA SUBJETIVIDAD RADICAL LIBERA DEL GREGARISMO

La lucha por la autonomía comienza con el despertar de la subjetividad radical. Al encuentro del narcisismo y del ombliguismo que nutre el individualismo, la lucha por la subjetividad en tanto que florecimiento de la vida enseña a dejar el rebaño de resignados, a osar afirmarse irreductibles a una representación, a un rol, a un simulacro de vida. Ya que nosotros somos el rezago de una sociedad de cifras, ¿qué habría de más natural que fundar territorios donde la gratuidad borrara todas las cuentas?

Los dolores de la adolescencia ¿acaso no nacen del tener que rendirse a sí mismos y dejarse transformar en objeto, para ser, hasta la náusea, manipulados según las necesidades del mercado?

Desafortunadamente, la mayoría de las veces, la aspiración a la autonomía, a la auto-creación, se convierte en una abstracción, un pensamiento desvitalizado, un reclamo colérico e histérico mediante el cual el adolescente escenifica su pretendida singularidad y se entrega a miserables gesticulaciones con las cuales el gregarismo consumista ilustra sus desfiles de moda.

El totalitarismo del dinero y del espectáculo de la vida al revés empuja a los niños y a los adolescentes hacia el matadero. ¿Cómo no tomar conciencia de esto? Cada vez que un movimiento de resistencia se pone en marcha, se revela el niño y el adolescen-

te que cada una y cada uno de nosotros guardamos en nosotros mismos y que, por resiliencia, decretan: “No soy una cifra, ni un índice de rendimiento, ni una orden de consumo, ni una marioneta militarizada, ni una estimación estadística. Yo soy un ser humano en devenir.”

Es un aire de vida que, por poco que lo respiremos, se expande en el aire del tiempo.

La experiencia íntima de la radicalidad. La lucha que llevo a cabo por encontrar en mí las raíces del viviente, es la radicalidad. Quien no lleve a cabo en tanto que sujeto una guerra endémica contra la amenaza de ser transformado en objeto, en mercancía, abandona la radicalidad al provecho del radicalismo.

La subjetividad radical intenta ligar entre ellos por la experiencia de la vida solidaria, eso que las religiones y las ideologías transforman en el enlace de una cadena donde la realidad terrestre se convierte en esclava de un cielo fantasmagórico.

¿Cómo podría yo abordar la lucha por la autonomía individual y colectiva si no comienzo a fundar mi salud física y mental, no sobre el rechazo a la muerte sino sobre un agregado absoluto de la vida, sobre una alianza pasional con todos aquellos y aquellas que animan una pasión idéntica? Sin dejar de ser eso que soy y eso que quiero ser, es decir, me uno a ellos sin sustituirme a ellos. Tal es el acto poético que lanza las bases de una sociedad humana, obteniendo como resultado que entre el bienestar de

uno solo y el bien estar de todos y de todas, resplandece un arco de luz.

La subjetividad radical es la experiencia vivida de la emancipación individual y colectiva. El proceso de reificación, que tiende a transformar a un ser humano en objeto, obedece a la lógica expansionista de la mercancía. El ser que yo soy en la realidad de mi existencia no es más reductora a una cosa manipulable. El ser que yo soy es un sujeto dónde los deseos se atormentan, entran en conflicto, se desagarran, entran en acuerdo, están en busca de armonía. El cuerpo es un microcosmos cuya exploración y descubrimiento empieza por debajo y por encima de la máquina a la que el trabajo identifica *por necesidad*. Es una galaxia regida por una potencia de vida en la que nosotros hemos conocido sólo la inversión formidable, desde que el ser ha sido sometido al tener, el sujeto al objeto, la alegría a la apropiación, la libertad al libre mercado.

Eso que cada ser en vía de humanización vive en su cuerpo tiene poca importancia a los ojos de los observadores externos. Médicos, psicólogos, sociólogos, economistas, criminólogos, magistrados, burócratas, predicadores del evangelio, hombres y mujeres de negocios y de Estado, se apoderan de él como de un objeto de almacenamiento. ¿No es suficiente todo esto para aclarar a aquellos que nos clasifican en cajones, que nosotros no tenemos nada que ver con eso?

Por inversión de perspectiva, la mundialización que equipara los seres y las cosas transformándolos en mercancías, cede el paso a la libertad de vivir que confiere de igual modo a los sujetos y a los objetos creados la igualdad en la diversidad. Las y los que resistieron el intento de ser descerebrados descubren en ellos mismos una capacidad para entender a los seres y las cosas, cuando hasta ahora pensaban carecer de ella.

Solitario, solidario. La sensación de tener que enfrentar sólo y sin muchos elementos, las formidables ruedas del mercado global agregaría fácilmente su pena al muro de lamentaciones si la obstinación demencial de una insubordinación, incesantemente repetida, no indicara que el significado de tal resolución es precisamente este sentido humano que estamos buscando como individuos y como *elemento de una especie en vía de desarrollo*.

Me viene a la memoria una canción de Chouans:

“No tenemos más que un tiempo para vivir/ Lo debemos al honor/ Es tu bandera que hay que seguir/ Para llegar la verdadera felicidad” Sí, se trata exactamente de esta misma determinación.

En este casi derrapar, eso incluye el de toda nuestra civilización, pesa sobre nosotros el voladizo: honor, la bandera y la promesa de verdadera felicidad solo han sido, en su invariabilidad, más que una mezcla de sangre y de mierda, arrancada al vientre palpitante de multitudes de criaturas, víctimas de una

mutilación infame y trágica, de millones de existencias que no conocerán de la vida más que el altar donde ésta es sacrificada.

¿CUÁL AUTOGESTIÓN?

La autogestión es el único proyecto de organización social que excluye toda forma de poder y de estructura jerárquica. Esta marca una ruptura total con el conjunto de sociedades, con excepción de algunas tribus, mistificadas, de las que hacen mención las narraciones de los exploradores del siglo XVIII y las especulaciones entonces en boga sobre el buen salvaje.

Esta no aparece en la historia más que esporádicamente y de forma tan rudimentaria como los historiadores la han relegado al margen de los anales revolucionarios.

Las tentativas de organización se bosquejan a veces en los levantamientos o en algunas comunidades campesinas de la Edad Media (como los Stedinger). Una incontestable voluntad de autonomía anima en Rusia los concejos de obreros, de soldados, de marinos, de campesinos que constituyen los primeros *soviets* de 1917, antes de su liquidación por parte de los bolcheviques.

La autogestión no es para el presidente yugoslavo Tito más que una forma de nacionalización de empresas, concebida de manera que la participación de los trabajadores aporte un depósito o garantía "proletaria" a la tutela del Estado.

Las comunidades libertarias que conformaron el núcleo radical de la revolución española de 1936 fueron las únicas en demostrar la viabilidad de un sis-

tema social sin jerarquía, sin organización autoritaria, anarquista en el sentido primario del término. Antes de ser brutalmente reprimida por Lister y el ejército del Partido comunista (en el que el fascismo concluirá el trabajo), la experiencia de autogestión en España tuvo el tiempo de hacer surgir un estilo de vida que rompe con prejuicios y hábitos serviles anclados durante siglos en modales y mentalidades profundas.

Más que el funcionamiento de las cooperativas, de los concejos de obreros, de las medidas de ayuda laboral, de la creación colectiva, de las innovaciones financieras dirigidas a la desaparición del dinero, de la defensa personal, de las asambleas de las cuales emanaron todas las decisiones, es de este estilo de vida, irradiando tímidamente desde el corazón de existencias ensombrecidas por tantos imperativos mortíferos, que nos llegan las enseñanzas indispensables para la autogestión de la vida cotidiana, los fragmentos de conciencia los más propicios para el crecimiento de una sociedad humana por venir.

**LAS SEÑALES ANUNCIANTES
DE UN ESTILO DE VIDA
NO TIENEN NADA DE PROFÉTICOS
SON LA MARCA DE UNA CONCIENCIA
QUE DESPIERTA**

La creación abole el trabajo. Durante una insurrección, Fourier observaba a hombres y mujeres que quitaron los adoquines de la calle para construir en unas pocas horas una barricada sintió que tomaría diez veces más el tiempo para lograr el mismo resultado si fueran pagados por un jefe.

La distinción entre creación que apasiona y el trabajo forzado es evidente. El esfuerzo reclamado por un huerto cultivado en común y en beneficio de todos y todas no tienen el mismo significado ni la misma realidad física y mental que el esfuerzo brindado por los empleados de una empresa agrícola, o incluso por el agricultor ansioso por pagar sus cuentas.

Arte y artesanía, ahora en proceso de marchitamiento han permitido durante mucho tiempo a la facultad de crear, un lugar preponderante. Los fragmentos de creatividad han sobrevivido en ciertos trabajos de utilidad pública, ahí donde subsistió la idea de apoyar a la colectividad, como apoyar a enseñar, a sanar, a circular en tren y transportes en común, proporcionar una alimentación de calidad. El productivismo, las leyes del mercado y la eficacia rentable han alejado de nosotros la conciencia -por todos lados en suspenso- de que la creatividad es propia del género humano.

Al alejarse de la productividad intensiva, que generaba menos ganancias que el sector de consumo, el capitalismo poco a poco desplazó hacia la basura del pasado la virtud sacro santa del trabajo que fue por largo tiempo la sórdida aureola de la explotación de lo vivo.

No se trabaja más por el honor de nutrir a su familia sino para comprar en los supermercados las apariencias de honorabilidad. La opinión según la cual intentamos desarrollarnos menos por necesidad que por la adicción a los dispositivos de moda ha completado la depreciación de la actividad laboriosa. El trabajo fue vaciado de su sustancia, menos debido a su naturaleza alienante, que siempre lo desacreditó, que por el hecho de haberse convertido en el objeto de un sistema parasitario que asimila el salario a una orden de adquisición de deseos que se compran. El dinero ganado no tiene otra función que permitir el acceso a los paraísos de pacotilla.

El desarrollo de un capitalismo financiero y agiotista ha completado el descarnamiento del antiguo uso del trabajo para reducirlo a una organización de servicios, un programa de *gestión*, a oficinas de gestión monetaria, a la desodorización de los vientos fétidos del dinero.

De simplemente perjudicial para la salud, el trabajo se convirtió en una vacuidad deletreada a la imagen de la masa financiera que gira sobre sí misma, se reproduce y no produce nada. De esta forma progresa el vacío. Así cava el agujero negro del nihilismo,

así se extiende el partido de la muerte, el ejército de la resignación suicidaria.

Pero como Hölderlin dice, “Donde crece el peligro, también aumenta lo que salva”, El feliz efecto de las nocividades e ineficiencias rentables como los aeropuertos, los túneles, las carreteras, las implantaciones hoteleras y los establecimientos inmobiliarios, los pozos, la de-forestación, las represas, las líneas de alto voltaje, los vertederos de residuos, es que suscitan zonas de resistencia, redes de solidaridad, municipios sin comunitarismo. Frente a los edictos del cinismo empresarial se agudizan la imaginación, un ingenio, una creatividad que arman la conciencia humana desarmando espontáneamente la conciencia mistificada. Así el sentido humano que nosotros queremos dar a nuestra vida viene a fertilizar los territorios y a dar las condiciones propicias al desarrollo de la autosugestión generalizada.

La era de los creadores reenviará al pasado, y a su museo de los suplicios, la vocación sacrificial que hizo de la tierra un infierno dantesco.

PARA SUPERAR LAS DUALIDADES

La separación que el trabajo de explotación de la naturaleza introduce exiliando al ser humano de su propia vida es el molde de dónde van a salir todas las dualidades que nos fragmentan. Para comenzar por la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Esta división da su substancia al poder jerárquico que afecta a la vez al individuo como a la sociedad y determina la predominancia del espíritu sobre el cuerpo instituyendo el reino de una entidad fantasmagórica y celeste sobre la materia terrestre. Esta subordina a una intelección de obediencia espiritual una inteligencia sensible, mensajera de la vida que nos anima.

La vieja lógica del “A o no-A” no es una norma más que en el mundo de la separación, un mundo en el cual poner a trabajar la fuerza de vida ha separado al ser humano tanto de la vida como de la humanidad.

Restablecer la unidad del ser humano con él mismo y con el universo es a la vez la tarea de la autogestión de la vida cotidiana y el signo presagiando su instauración. Porque nos estamos moviendo hacia un presente en constante adelantamiento del pasado y del futuro (ninguna hipótesis de ciencia ficción tiende a aventurar tal suposición, lo que dice mucho sobre la pobreza de nuestras creencias, en comparación con un pensamiento que está re descubriendo su unidad con todas las formas de vida).

Abolviendo el trabajo, la creatividad cumple con el rebasar del cuerpo y del espíritu, restableciendo la unidad original de la materia carnal y de la energía mental que ésta genera. El artista y el artesano conocen bien esta unión íntima de la mano y de la inteligencia. Tienen conciencia del giro de pulsiones de vida en donde nace toda creación. ¿Cómo una sensación del género no revocaría el mandato celestial del espíritu impuesto al cuerpo que obedece a pesar de él mismo, de ahí la degradante obediencia impuesta sobre la tierra? Con la desaparición del trabajo desaparece esta dualidad que constituye la función intelectual y la función manual.

El aire de la autogestión libera. En tanto que lugar y tiempo donde la creación excluye toda forma de trabajo, el territorio autogestionado no le quita solamente su carácter egoísta e individualista a la recomendación de Voltaire “cultivemos nuestro jardín”, él le confiere un sentido universal, el sentido de lo humano que invita a cultivar el jardín de la tierra.

Ahí donde las creencias y los pensamientos gravitan libremente. El acto de creer es la manifestación la más concreta de la inversión de perspectiva. Los pensamientos de la muerte son los pensamientos de un mundo dominante. Los pensamientos de la vida son los de un mundo en vía de emanciparse.

La creación lanza las bases de un mundo radicalmente nuevo. Porque ésta construye al ritmo de las pulsaciones de vida, ella asegura a la tierra a la que exime del trabajo, dotándola de fertilidad y abun-

dancia, que ninguna creencia podrá amenazar, cualquiera que sea el campo de absurdidades, incluso las ignominias donde ésta tiene toda la libertad de divertirse y disfrutar. Siempre hemos visto que cuando lo social vence, las opciones religiosas e ideológicas son descartadas (en caso de fracaso, regresarán con furia). La autogestión generalizada va más allá de la preocupación social. Su proyecto es el de experimentar la vida en una sociedad que le confiere una prioridad absoluta.

Todas nuestras preocupaciones, necesidades y problemas no son más que nimiedades que serán quemadas por las flamas de la vida soberana.

El valor humano rebasa las categorías éticas. No hay nada de más natural en el hecho que toda irrupción emocional, psicológica y mental afecte a nuestro paisaje interior acompañado de su opuesto. El efecto perverso -el efecto de desnaturalización- que provoca el sistema de la separación dualista tiende a esto: las parejas de contrarios llamadas “syzygies” en la filosofía hermética, son fijadas en una oposición estática, que impide su rebasamiento. De manera que, de simples polos opuestos, los contrarios, se transforman en contrariedades.

A pesar de las muchas oportunidades para aprender que bien y mal bello y feo, verdad y mentira, beatitud y aflicción, esplendoroso y nefasto, obediencia y desobediencia, orden y desorden son intercambiables en un universo así concebido en el que el verso y el reverso valen lo mismo. Nosotros estamos

todo el tiempo peleando el artificio de oposiciones a la vez reales y ficticias de las que no nos vamos a deshacer más que rebasándolas. Hasta la oposición de muerte y de la vida es falsa porque no es la vida que se opone a la muerte sino la sobrevivencia, una forma de vida economicista, tan parchada, que su estrechez es ya la de un ataúd.

La nueva alianza con la naturaleza, que sugiere el agotamiento devastador de sus recursos, se aproxima a poner fin a su explotación secular. Ya no se trata de una de estas especulaciones intelectuales en las cuales las mafias se ven ansiosas ávidas por lavar el dinero sucio con las energías limpias. Se basa en prácticas que están reemplazando gradualmente el envenenamiento de suelos, el arado profundo, la contaminación por hidrocarburos que mata animales y personas, la biotecnología que se pone al servicio de la ganancia y no de la vida.

La inteligencia sensible de lo vivo cuestiona gran parte de nuestros conocimientos que han sido pervertidos y mutilados por el desprecio de la naturaleza, por la antiphysis y el sometimiento del conocimiento al poder mercantil.

Repudiar la antiphysis no requiere ni de profesiones de fe ni de polémicas. La emergencia de un estilo de vida es suficiente. La superación de los contrarios se opera en la cotidianidad descubriendo los recursos inagotables de los que había sido sistemáticamente alejada y que se revelan mediante la aventura de la autocreación.

La vida no es ni bien ni mal, ni más allá del bien ni del mal. Ella simplemente ES y nos enseña a ser, liberándonos del tener. La rapacidad inextinguible de querer tener todo nace del hecho de no ser nada.

El totalitarismo del dinero es hoy como nunca antes el sol negro de la melancolía. Se necesitará que la claridad llegue del ser y de su conciencia de una vida plena y entera.

El valor humano es la superación del valor de cambio y del valor de uso. Como ya lo sabemos, la mercancía es un objeto de doble valor, un valor de cambio y un valor de uso. El precio asignado a un bien varía según la necesidad de apropiárselo. El comercio de bienes establece así un contrato fundado sobre la propiedad, que norma igualmente el comercio de los hombres y de las mujeres. Estos y estas ya arrancados de su ser de deseos por la necesidad de trabajar, están confinados en la abstracción que se ampara de ellos, quitándoles la libertad de vivir, imponiéndoles la libertad de intercambiarse.

El modo de organización social dispone de una herramienta mental que gestiona y hace posible la comunicación: el dinero. La moneda es el almacén de una razón discursiva, de una lógica, de un logos universal. El ser humano coloca a este Hombre abstracto cuya presencia monopoliza el espacio entero de la filosofía, de la religión, de la cultura. El Hombre es la máscara humana de la mercancía. Eso que presta confort y climatización al infierno de la sobrevivencia, es la humanización de la mercancía.

En su voluntad de disolver el Hombre abstracto, esta impostura, en la realidad del ser humano, las colectividades autogestionadas de la revolución española pusieron en obra un proyecto de desaparición del dinero. Pertenecerá a la autogestión generalizada, abolir no sólo el dinero sino también el intercambio, del cual nace. No solamente el intercambio, también el valor de uso que lo justifica por principio de utilidad. Eso no debería ser difícil de entender, en esta época donde el capitalismo, llevado por el frenesí de la especulación financiera, hace cínicamente extender el valor de cambio hasta el infinito mientras el valor de uso va a cero.

El ser humano es único. Tal es la radicalidad que le presta una audiencia universal. Tal es la calidad que le impide de ser juzgado, sopesado, medido a la manera de un valor de cambio y de un valor de uso. La erradicación de la estructura jerárquica y del reflejo de depredación tiene alguna oportunidad de ver nacer poco a poco una sociedad sin policía, sin prisión, sin institución judicial. Una sociedad donde la felicidad se burle de la apropiación.

La erradicación del poder implica rebasar la condición de presa y de depredador. La mayor parte de los movimientos de emancipación han sucumbido a eso que reprobaban y combatían con todas sus fuerzas: el poder ejercido por un individuo sobre los demás, por un grupo de insurgentes sobre la comunidad entera. Marx al proponer pasar de la propiedad privada de bienes y de medios de producción a su apropiación colectiva, da un paso en falso. Individual

o colectiva, la apropiación participa de un sistema de explotación de la naturaleza. Esta no hace más que fundar una economía saqueadora sobre la depreciación, como parece ser practicada naturalmente sobre los animales.

El devenir humano implica que, desprendiéndose de su bestialidad original, el hombre y la mujer rebasan el estado de la depredación. Porque una sociedad fundada sobre una alternancia de apropiación y de la expropiación no concibe otro modo de existencia que según las leyes de la fuerza y de la astucia. El contrato social enrola a los ciudadanos en una batalla donde se trata sin descanso de salvar el pellejo.

El dogma de la antiphysis marca los comportamientos, las mentalidades, las costumbres, las culturas con sello de la desnaturalización. Su triunfo concretiza la violencia del espíritu de apropiación. Ella condena de prohibida a la conciencia humana que llamaba a disfrutar de un lugar donde la felicidad de uno solicitaba la felicidad de otros, donde el maná terrenal no requería más que ser desarrollado, mejorado, recreado para servir a todas y todos.

Tomó un tiempo aberrante de varios milenios para volver a la evidencia anterior a la civilización mercantil: la alianza con la naturaleza favorece más seguramente la evolución de la humanidad que su saqueo.

Aprender a disfrutar de los seres y de las cosas no necesita de órdenes morales para derogar el

reflejo de apropiación, la persistencia de la depredación, la manía del poder.

Ir más allá de la función intelectual y de la función manual. No hay nadie que no esté sujeto en cada momento al poder que la mente dice ejercer sobre el cuerpo y sus pulsiones. La separación que nos abruma es la verdadera causa de un malestar endémico.

Esta imprime en la carne la marca del hierro candente de una jerarquía que distingue a los príncipes y a los sacerdotes de los esclavos obligados a servirles. Desde las primeras ciudades patriarcales, nosotros hemos estado remodelados, reconstituidos de arriba para abajo (habrá mucho que decir de esta geometrización de la realidad). Llevamos dentro de nosotros un Estado cuya tiranía genera una voluntad insurreccional que no deja de renacer y que está determinada a derrotar esta tiranía. Wilhelm Reich ha visto en el caparazón caracterial esta fortaleza del espíritu que intenta controlar las tormentas emocionales, ordenar y militarizar el caos de los impulsos.

La cultura es un producto del espíritu, un pensamiento separado de lo vivo, una ideología. Ha sido necesario asistir a la caída de los grandes sistemas políticos -liberalismo, socialismo, comunismo, fascismo, nacionalismo, hoy asociados a la etiqueta del "neo"- para comprender que el interesante revoltijo de nuestros conocimientos era la voz de un mundo deformado y distorsionado privado de acceso directo a la vida.

Es la cultura la que nos hizo creer que el intelectual era una persona por derecho propio, una figura con las características del erudito, del científico, del pensador, de un poseedor de conocimiento, en oposición al trabajador manual, identificado con el esclavo de rutina, con el ignorante, con el analfabeto, al bruto con o sin uniforme.

La ideología es la mentira del pensamiento separado. Marx lo había denunciado en sus *manuscritos de 1844*, mientras que al mismo tiempo Fourier estaba desarrollando su proyecto de sociedad armonizando sus instintos de vida y aboliendo de facto la separación del ser humano consigo mismo y con el mundo. Ha sido suficiente poco más de un siglo para que la separación - la brecha- entre la esfera del pensamiento separada de la vida y la realidad vivida día a día mostrara claramente que, como las drogas psicotrópicas, que alivian la ansiedad, antes de exacerbarlas irreversiblemente, nada funciona más. La civilización mercantil ha alcanzado tal grado de locura mortífera que arrojarla por la borda es hoy un acto saludable por excelencia. Este acto es un acto poético.

La creación y la inteligencia sensible que ésta solicita solicitan la superación de la función intelectual y de la función manual a las que la sacrosanta eficacia trabajadora nos condena. El intelectualismo como el anti-intelectualismo, que se burla de los “cerebritos”, son el mismo calabozo dónde las dualidades se desgarran y se aparean.

El desarrollo de una sociedad autogestionada es una verdad práctica donde la puesta en escena y los mensajes de mentiras del mundo dominante no tienen lugar.

El culto al intelectual es también aberrante como el culto al proletario. ¿Cómo podemos rendir culto a una alienación cuando se trata de emanciparnos de ella? Además de la estupidez del propósito, honrarse con la vocación o el papel del intelectual tiene un efecto perverso del que no lo hemos sospechado lo suficiente todavía. Asignar a la cabeza en tanto que *jefa* del cuerpo para que actúe y gobierne al cuerpo, es regresar una vez más la vieja creencia del espíritu dominante sobre la materia. Reducir su cuerpo a un instrumento de trabajo es comportarse como un depredador, tendencia ¿lamentable?, ¿disgustante? en el medio libertario, donde la emancipación se preciniza con mismos métodos del retro-bolcheviquismo.

El peligro que presenta la intelectualidad tiende a la voluntad de poder que le es inherente. El intelectual es un poseedor de autoridad. Éste reina por encima de la materia bruta. Él la moldea. No la afina. Tan complaciente, incluso tan deferente que se muestra a ella, no deja de perpetuar la jerarquía que mantiene la preeminencia del trabajo intelectual sobre el trabajo manual. Él tiene la capacidad de organizar, no tiene en ningún caso la habilidad, ni el sentido, ni el arte de armonizar.

El saber que no emana del cuerpo se abandona al poder de la cabeza, al poder del intelecto. Pero, por

otra parte, hay en las pulsiones de vida que seguido se liberan de la tutela del espíritu, una conciencia que se despierta, una inteligencia sensible capaz de aprehender aquello que le parecía fuera de su alcance. Es poco probable que los que se rebelaron el 14 de julio tomando la Bastilla hayan leído Diderot y a sus amigos enciclopedistas; ni que se hayan lanzado después a leer sus obras. Por el contrario, es cierto que las resonancias de la conciencia se propagan como los estribillos en el aire del tiempo, el más iletrado supo reconocerles porque esas “luces”, aparentemente lejanas, las había percibido en esta poesía insurreccional de la cual su intensidad le había penetrado. El sentido le aparecía con una claridad acrecentada. Él tenía el sentido de Gavroche cantando hasta el riachuelo, los nombres de Voltaire y de Rousseau.

Degradar el lenguaje para “meterlo al nivel del pueblo” revela la intelectualidad en tanto que poder de la cabeza sobre el cuerpo. Establecer su autoridad de jefe, como líder, como guía, obliga al intelectual a tomar a los otros por tontos. Dirigirse en función de las tropas a las que hay que manipular, a lo manual, siguiendo la versión barriobajera que le corresponde, o sea, al nivel más bajo de la expresión, o a lo intelectual lleno de retórica mundana y de ideas muertas y que reclama consecuentemente llegar al estadio sublime de la abstracción: es una forma de neolengua, como dice Orwell.

La misma alternativa también tiene una ventaja de organización. Esta permite gravar de elitismo una preocupación que no encaja en ningún marco

autoritario: la preocupación de empujar más lejos la conciencia de la experiencia vivida, en eso que ella ofrece de radical.

El radicalismo es la ideología de la radicalidad.

INSTAURAR, MAS ALLÁ DEL VIRILISMO Y DEL FEMINISMO, LA PREEMINENCIA ACRÁTICA DE LA MUJER

Sin entrar en los debates del gilanism, tal como Marija Gimbutas califica el estatus igualitario entre mujeres y hombres en las civilizaciones pre-agrarias -hasta el primer neolítico-, es innegable que la mujer ha sufrido la misma suerte y el mismo descrédito que la naturaleza, *sistemáticamente* violentada y condenada al saqueo.

Las razones de esta evolución pervertida, en ruptura absoluta con las civilizaciones precedentes no están claras hasta la fecha. Gimbutas alega la invasión o las incursiones de los Kurgan, un pueblo indoeuropeo agresivo, cuyo nombre viene de Kurganes o Tumuli dónde estos adoraban sus muertos. Ellos domesticaron al caballo y parecían haber adoptado un sistema autoritario y patriarcal que acabó con el gilanism.

Es posible que a la predominancia acrática (del griego *akratos*, sin poder, sin autoridad) de la mujer haya sucedido a un matriarcado de dónde nacieron esas diosas de fecundidad que destruyeron y suplantaron a los dioses masculinos y arrogantes. Lo que es seguro es que la aparición de los Estados-ciudades marca la degradación del destino de las mujeres y el declive de la feminidad. La mayor parte de las filosofías y la totalidad de las religiones, sin excepción, suscriben al dogma de la antiphysis, de la anti-naturaleza. Éstas atribuyen a la mujer un aura maléfica que

en los últimos sobresaltos de la misoginia se esfuerza todavía en propagar en el siglo XXI. Así será mientras que *la alianza del ser humano con los otros reinos*, de los que nació, no haya erradicado de nuestros usos y costumbres, el reflejo de depreciación, base de una civilización que nos deja y que dejamos.

Lo que fue quitado a la vida por la civilización del trabajo lastima y excita la sensibilidad de la mujer más íntimamente que aquella del hombre. Este, atrincherado en su papel de depredador dominante, como en una fortaleza, no se mostró más que en su acorazado caparazón caracterial que, reprimiendo la animalidad pulsional en lugar de superarla, no hizo más que tragarse nuestras pasiones, revertirlas y ensalvarlas en la danza macabra de las guerras y de las masacres confraternales.

Despojada de su fuerza natural, la mujer no tuvo mucho tiempo para defenderse más que con las armas de la astucia. Lasciva y astuta, así es como el hombre la percibe. Ella es la serpiente, el dragón que san Jorge apiña al pie y atraviesa con su lanza. Del más pobre al más glorioso, el hombre se convierte en el parangón de la virilidad. Trata a la mujer con más altura en la medida que esta despierta en él un miedo visceral. Sólo acepta respetarla cuando, escapando de la esclavitud de las madres que tienen hijos, se comporta como un varón.

¿No es provocador observar que hoy en día el feminismo, al menos en su versión intelectual occidental, más a menudo levante el escudo de la eman-

cipación sólo para convertirla en el baluarte donde la mujer se enorgullece de ser finalmente digna de las prerrogativas las más odiosas del hombre? El derecho de gobernar, de gestionar una empresa, de disparar el tiro de gracia en el ejército y en la policía, en resumen, para progresar en la carrera de una regresión a las sombras de lo inhumano.

Acceder a las mismas alienaciones que los hombres es una acción (un) tanto más perversa aun cuando acompañe la lucha contra las violencias, la violación, el desprecio; aun cuando dé un apoyo a las mujeres iraníes, a las combatientes de Rojava, a miles de mujeres forzadas al matrimonio, esclavas sexuales y domésticas, inferiorizadas por los regímenes patriarcales que prevalecen todavía en todo el mundo.

La conflictiva y complaciente pareja que forma el feminismo y el virilismo son parte de la panoplia de ideologías existenciales, del pensamiento separado, del espectáculo de la vida invertida.

El feminismo de derechos del hombre es un efecto de falta de radicalismo, uno de los numerosos revestimientos ideológicos de la radicalidad.

La lucha por la feminidad es parte de un largo proceso, un linaje que se extiende, en Francia, desde la corriente del amor cortés de los siglos XII y XIII hasta las ideas difundidas por la Revolución Francesa, pasando por el humanismo del Renacimiento, dónde más de un pensador (Postel, Montaigne) destacaba la importancia de las mujeres. Olympe de Gouges,

guillotizada por Robespierre y Claire Démar, a quien la incomprensión y el desprecio de sus contemporáneos empujaron al suicidio, pertenecen a aquellas mujeres que despertaron la conciencia humana y merecen algo mejor que el panteón de mundanidades feministas.

Ser humano, es rechazar toda forma de poder. La libertad tampoco puede acomodarse a un patriarcado ni a un matriarcado que sólo reemplazaría una tiranía por otra.

En contraste, la nueva alianza con lo vivo restituye a la mujer una precedencia que ella parece haber conocido antes de la implantación del patriarcado y hasta tardíamente en la Creta minóica. Esta precedencia -de la que la cortesía y las consideraciones que se le testifican espontáneamente han mantenido de alguna manera el recuerdo- está desprovista de todo poder, es decir que es ácrata. Actúa por resonancia. Expresa la íntima filiación de la mujer con la naturaleza tanto por su propensión al goce como por esta inteligencia sensible a la cual lo masculino accede menos espontáneamente, enredo en el que permanece en una intelectualidad heredada de su despotismo secular.

La separación complaciente y conflictiva que opone al hombre y la mujer es artificial. Esta es parte de la consciencia alienada de las dualidades. En su especificidad respectiva, la mujer comporta una parte de masculinidad y el hombre una parte de feminidad. Al contrario de la antiphysis que les emprisiona en

dos roles antitéticos y duramente jerarquizados -dominador y dominado- la ambivalencia del femenino y del masculino compone una gama donde la inventiva de la vida ofrece la más amplia variedad de deseos para modular libremente.

Las luchas militantes contra la misoginia, la homofobia, la exclusión, el comunitarismo, tienen una utilidad ética que su carácter espectacular ha hecho devorar pronto. Porque la puesta en escena del viejo mundo tiene el arte de hacer que el conflicto prevalezca sobre el sentido. El Estado y las mafias empresariales conocen perfectamente el efecto anestésico de la polémica: alivian el sufrimiento, pero no lo curan, para no atacar a la enfermedad que la causó.

Sólo escaparemos del estancamiento que el espectáculo de la vida cotidiana reserva para nuestras luchas volviendo a lo básico, quiero decir a la experiencia vivida, dándole un significado en torno al cual giren de hecho todas las luchas por la emancipación. El ser humano en devenir (en proceso), está en este punto, es el centro de gravedad. Identificarse con lo humano (el ser humano) es la única identidad que vale la pena.

Los llamados a la justicia, a la dignidad, a la igualdad sufren de una deficiencia original. Son el producto de un sistema de intercambio inherente a la mercancía. El comercio es esa mentira que practica la honestidad a precio justo. Este quiere una “relación calidad-precio”, que equilibre valor de cambio y valor de uso. De esta justicia, de este juicio, de esta rei-

vindicación, la autogestión de la vida diaria no desea interponerse. Queremos solo retirar las mercancías, abolir los derechos y los deberes que de ello se derivan, revocar el contrato social basado en el derecho mercantil de la oferta y la demanda. Así, la poética del estilo de vida pondrá fin a la culpabilidad, al miedo, al reproche, al chantaje afectivo que ponen en escena tantos psico- dramas amueblando el aburrimiento de la existencia.

LA INSURRECCIÓN DE LA VIDA, UN MODO DE AUTODEFENSA DE LAS TIERRAS LIBRES

Ni agresión ni resignación. Es en vano esperar de la arrogancia del Estado y de la avaricia de las multinacionales que le toleran, nuestra resolución de fundar y de propagar los colectivos hostiles a toda forma de poder, comenzando por la depredación de los recursos naturales.

Pero que sea igual de obvio por nuestra parte que no tenemos intención de tolerar su represión pateada, castrada, apoyada por el juicio periodístico. No nos vamos a inclinar delante de la desertificación programada de lo que vive en nosotros y alrededor de nosotros.

El aplastamiento del intento de comunalidad de Notre-Dame-des-Landes es un disparo de advertencia, entre otros, del orden mundial y su maquinaria estatal. El gobierno mexicano y sus paramilitares amenazan continuamente a las comunidades zapatistas. Los intereses de Occidente y las dictaduras petroleras aíslan a los combatientes de Rojava que se oponen al partido de la muerte, en el que la barbarie islamizada no es el componente único, una sociedad comprometida con la implementación de no sólo los derechos de un pueblo, no los derechos del pueblo, sino los derechos del ser humano.

La vida es nuestra sola reivindicación. Nos rehusamos a su versión empequeñecida, amputada, sacrificada. La queremos soberana. La queremos

creando y recreando sin cesar nuestra existencia y nuestro entorno. Ella es para nosotros el fermento de una sociedad donde la armonización de deseos individuales y colectivos sea el fruto de una experiencia apasionada. Para llevar a cabo este desafío no tenemos otras armas que las de la vida misma.

Ustedes que nos califican de utópicos, tengan la honestidad de reconocer que, en términos de utopía, han elegido la peor opción: la creencia en una economía liberadora, en un progreso técnico que conduce a la felicidad. Ustedes se han puesto hasta el cuello de mierda y llaman sueños de ensueño, de quimeras, a aquellos y aquellas que se escapan para ir a habilitar y limpiar una tierra donde podrán respirar sin riesgo de empaparse de porquería.

Las hordas de la ganancia, los adictos del dinero loco, los títeres mecánicos que sólo tienen la inteligencia de los engranajes, estos son nuestros verdaderos enemigos. Las guerras mafiosas por las que se desgarran entre ellos no son las nuestras, no nos conciernen.

Lo saben todo sobre la muerte porque es la única cosa que saben dar. Ignoran todas las riquezas que la vida da a quienes saben cosecharlas. Es un territorio desconocido para quienes la creatividad y la imaginación que cada niño, mujer y hombre dispone cuando está a la escucha de su voluntad de vivir.

El miedo de lanzarse a la batalla para lograr sus deseos más preciados es uno de los efectos más deplorables de la servidumbre voluntaria. Por retórica

que sea la exhortación de Danto; “De la audacia, más audacia, siempre más audacia!”, recuperaría su pertinencia si ésta animara a aquellas y aquellos que intentan la aventura de los territorios arrancados al Estado y a las mercancías; si ella los determinara para ir más allá de la simple resistencia que oponen a la implantación de nocividades y, sobre la base de esta solidaridad adquirida, fundar, por modestos que sean, modos radicalmente nuevos de reunión colectiva.

Dondequiera que la guerrilla subversiva y la guerra insurreccional hayan obedecido el abyecto eslogan “el poder se toma a punta de fusil” su triunfo planeó una situación a menudo peor que la anterior. El Estado derribado ha sido remplazado por otro, no menos opresivo. Los fusiles al servicio del poder se volvieron contra aquellos que, manipulándolos, les había dado el peso de la libertad. La Rusia pretendidamente soviética, la China maoísta, la Cuba castrista, guevarista, Farc, Zengakuren, la Fracción armada roja y otros izquierdismos paramilitarizados, ¿estas dilaciones no nos han sido suficientes?

Una lección para no olvidar. La primera derrota de la revolución española de 1936 se remonta a sus inicios, cuando la militarización requerida por el Partido comunista consiguió transformar en soldados disciplinados a los voluntarios que, con las columnas armadas de Durruti y de sus amigos, habían roto la primera ofensiva fascista. La recuperación de las iniciativas populares se llevó a cabo con la aparición de un gobierno llamado revolucionario en el que las organizaciones libertarias (la CNT y la FAI) se sentaron

junto a los nacionalistas catalanes, a los socialistas, a los comunistas bajo las órdenes de Moscú.

Lo funcional mata. La poesía es un renacimiento perpetuo.

El poder represivo del Estado no se debe tanto a la policía, sino al Estado que llevamos dentro, el Estado interiorizado, que nos golpea con su miedo, su culpabilidad, su desesperación hábilmente programada.

La mayor parte de las colectividades libertarias han sucumbido a las taras residuales del viejo mundo, que obstaculizan su lucha por un mundo nuevo. Los pequeños jefes pueden crecer fácilmente con el estiércol de la pasividad que mantienen.

¿Cuántas microsociedades libertarias no se han visto hundidas por las rivalidades del poder? Combatir la barbarie y el partido de la muerte con las mismas armas de la barbarie y de la muerte nos condena a una nueva forma de servidumbre voluntaria.

Pequeño recordatorio. En abril de 1936 fue fundada la Agrupación de Mujeres Libres. Estas rechazan la denominación “feminista” prefiriendo la denominación de “humanismo integral”. En 1938, durante un pleno de organizaciones libertarias, la mayoría de los delegados rehúsan integrar al grupo de Mujeres Libres con el pretexto de que “una organización femenina sería para el movimiento obrero un elemento de desunión y de desigualdad, con consecuencias nefastas para el desarrollo futuro de la clase obrera”.

Se le reconoce a Mujeres Libres el derecho de existir como organización libertaria, pero sin voz y sin apoyo material. El grupo, que cuenta aproximadamente con 20 000 miembros, rechaza la proposición del Partido comunista español de asociarse al AMA (Asociación de Mujeres Antifascistas). Después de la derrota de los republicanos, la asociación sobrevivirá algún tiempo en el exilio.

La apuesta por la vida nos exige de formar un partido. Miren lo que le pasó al movimiento de los Indignados que dejó su espacio, en España, para el partido Podemos, al antiparlamentarismo de un grupo italiano, que fue inducido muy rápidamente para constituir el partido de las Cinco Estrellas y hacer brillar luminarias marrones en el hemiciclo de gobierno. En enero de 1938, en la España republicana, el estalinista Togliatti ya había revelado el truco. Declaró que prefería la apertura de un frente unido con las instancias libertarias (CNT, FAI) en lugar de arriesgarse a la confrontación con ellas. La unión permitiría, decía él, derrotar definitivamente al anarquismo, por la buena razón de que, ante los ojos de la masa obrera, la CNT tenía la ventaja de no participar en el gobierno.

Cultivar los jardines de la vida terrestre (no hay otros) es inventar territorios que al no dejar espacio al enemigo -ni apropiación, ni poder, ni representaciones- hagan inaprensibles. No invencibles pero inalienables, como la vida que en su perpetuo renacimiento se libera de su yugo ancestral. Ninguna destrucción será capaz de superar una experiencia a la que nos comprometemos para empezar de nuevo sin descanso.

Cuanto más desarrollamos la aventura existencial de la vida para explorar, más disuadimos a los cadáveres, galvanizados por el poder, de transformar la tierra en cementerio. Es suficiente poco para que estalle y se queje el mecanismo que mueve las comparsas funcionales de las autoridades estatales. Hagan confianza a ustedes mismos no a un dios, ni a un maestro ni a un gurú. Poco importan las torpezas y los errores pues se corregirán. Abandonen a Sísifo en la roca de la ambición, que su servilismo presiona día y noche.

Nuestra educación no nos ha enseñado más que el juego de la muerte. Se trata de un juego amañado, ya que es sabido que la muerte gana desde el primer momento.

Es en el juego de la vida al que nos vamos a iniciar. No hay ni ganador ni perdedor. Qué rompecabezas para los comerciantes políticos que, además de la oferta y la demanda no ven nada, no perciben nada. ¿Esto no impidió a la excavadora estatal para aplastar los jardines comunitarios, el establo de ovejas, las auto construcciones y los sueños sociales de Nôtre-Dame des-Landes? Cierto, pero los ojos muertos del poder no imaginaban que todo retomaría desde el inicio, que sería reconstruido, reiniciado y reforzado.

El ser humano posee en él desde la infancia, un genio lúdico. Es este genio que reanima la lucha por la vida: la poesía que ésta inspira le restituye la energía que le quitaban las absurdas luchas competitivas de la sobrevivencia y del trabajo. No se sorprendan de que de sus pequeñas chispas salga un mundo que

aspira a las iluminaciones de alegría, que le han sido robadas.

El garante más seguro de los territorios liberados de la tiranía del Estado y del mercado es que los habitantes acuerden la prioridad de nuevos modos de vida, para el desarrollo del disfrute creativo, la solidaridad festiva, a la alianza con las otras especies, hasta ahora despreciadas, al progreso de la conciencia humana desterrando todas las formas de jerarquía y de poder.

En lugar de calificar de pacífica a la insurrección de la vida, más vale hablar de un movimiento de pacificación. Estamos atrapados en una pinza entre una voluntad de vivir que no puede tolerar prohibiciones ni opresión y un sistema cuya función es explotar y reprimir lo viviente. ¿Cómo llevar a cabo una guerra evitándola? Este es el reto.

En la periferia de esta radiación vital, de este núcleo irrompible, existe una zona de fricciones donde se manifiesta la vieja hostilidad a la vida, una fuerza agresiva de inercia, acumulada durante siglos por la servidumbre voluntaria. En el margen de las tierras libres yace una tierra de nadie, una zona de intranquilidad, una franja de preocupación. Este miedo se desvanecerá en la medida que el núcleo de la vida brille más y más, pero ahí es donde puede resultar ser necesario erradicar las amenazas de destrucción que pesan sobre nuestra reinención de la vida. Allí se mueven los y las que estigmatizan el nombre de "breakers" (*casseurs*), los verdaderos destructores,

los responsables de la degradación planetaria, las comparsas pálidas de la finanza.

La gratuidad es un arma que no mata. Es en toda legitimidad que nosotros tenemos el derecho de negarnos a pagar las tasas, los impuestos sobre el valor agregado (*iva*), las tarifas carreteras que nos impone el Estado y las mafias financieras que los gestionan. Porque una vez introducido (en parte) al bien público, este dinero se está usando ahora para rescatar las malversaciones bancarias.

Actuar individualmente nos enfrentaría inmediatamente a los macanazos de las leyes promulgadas por el lucro. Actuar juntos en cambio asegura la impunidad.

“No paguemos más” es una respuesta apropiada para aquellos que nos hacen cada vez más pobres enriqueciéndose. No paguemos más los trenes, los transportes en común. No paguemos más al Estado, no paguemos más las tasas y los impuestos. Decretemos la autonomía de los lugares de vida donde las cooperativas y la inventividad solidaria pongan las bases de una sociedad de abundancia y de gratuidad.

Los zapatistas de Chiapas han demostrado que pequeñas colectividades autónomas que se federan pueden cultivar la tierra para y por todos y todas, asegurar los cuidados médicos, producir una energía natural, renovable y gratuita (una opción perfectamente ignorada por las mafias ecológicas). Es primordial

que la gratuidad penetre, al igual que la vida, en nuestras costumbres y en nuestras mentalidades, de las que ha estado excluida y prohibida por milenios. Sin ilusiones entretanto: la lucha contra las cadenas a las que hemos estado poniendo trabas sabemos que puede ser un largo camino. Esta es una buena razón para ponerse en marcha inmediatamente.

LA AUTOGESTIÓN DE LA VIDA COTIDIANA ES LA FORMA SOCIAL MAS APROPIADA PARA NUESTRO DEVENIR HUMANO.

Contra la autogestión de la miseria. Ninguna denominación contiene ni agota la vida. Lo que llamo autogestión de la vida cotidiana no tiene otro interés que el de evitar toda confusión con una autogestión de la miseria, una auto-organización de la sobrevivencia que se contentaría de un arreglo económico en el que los trabajadores serían llevados a gestionar su propia explotación.

Abandonar al hombre abstracto. Viniendo de un linaje de ancestros, en el cual los oscuros rincones de nuestro universo cerebral han conservado las huellas, somos depositarios de ocho millones de años de una humanidad en gestación y de seis a ocho mil años de una regresión inhumana, fruto de una experiencia abortada.

Es muy emocionante pensar que restaurar la humanidad a su futuro es ahora un camino que se abre ante nosotros. Nos permite rectificar en el presente el error, el deslizamiento, el absurdo sobre el cual nuestro pasado se basa casi por completo.

Nosotros nos encaminamos hacia dos formas de lucha a la vez distintas y convergentes. Una resistencia donde el rechazo masivo del pago del tributo al Estado y a sus banqueros progrese y se radicalice, y al mismo tiempo, la instauración y la multiplicación

de territorios dónde (no sin disputas), nuevas formas de sociedades, sociedades autogestionadas son experimentadas. Tanto en uno como en el otro caso, es importante actuar en una perspectiva de vida, no en la de la muerte, que resta como la perspectiva dominante.

La vida se defiende ciegamente. Es el privilegio de la conciencia humana arrojar luz sobre o aclarar las experimentaciones permanentes, a las que la vida se libra en todas direcciones, en las cuales los fenómenos naturales -a nuestros ojos, felices o desafortunados- dan el ejemplo más común.

Estamos confrontados en nuestros paisajes interiores y del entorno a una potencia poética a la vez formidable y maravillosa -como ilustran nuestros cuentos y leyendas-. No hay nadie que no posea el eco de tal poder. No existe ninguna persona que no posea en ella misma el eco de tal potencia, ninguna persona que no posea una poesía práctica capaz de ser practicada sobre el cuerpo y sobre el mundo la obra de creación una vez atribuida a los dioses, quienes no podían más que estropearla.

Invertir la energía de las rabias en un proyecto de sociedad autogestionada en la cual el sentido humano revocaría los imperativos económicos -la depredación, la apropiación, la competencia, el poder jerarquizado- que hacen de nuestras sociedades, en no importa qué lugar del mundo, una jungla social donde reina con el mismo rigor legal e ilegal una barbarie constante.

El mejor modo de decir no a la destrucción de la tierra es decir sí a la vida que la fertiliza. Aquí esta una fuerza que no pide más que lanzarse en ella. Sin embargo, debemos tener cuidado de no dejarla en sectores arcaicos que, a través de toda la educación militarizada, nos han desnaturalizado y deshumanizado.

Actuar en prioridad en el sector de las pequeñas estructuras sociales. ¿Dónde podemos intervenir mejor que en el entorno inmediato? Ahí, ¿dónde se desarrolla nuestra existencia?, ¿la ciudad, el barrio urbano, los lugares donde, entre necesidades y deseos, se lleva a cabo una lucha por la vida?, ¿las zonas de trabajo, fábricas, oficinas, escuelas, hospitales, servicios públicos, cooperativas o empresas artesanales, industriales, agrícolas?

Las pequeñas entidades se prestan mejor que las grandes, a los cambios radicales que queremos aplicar y propagar. Las decisiones locales se toman, se difunden y se defienden con más precisión. Al contrario de los debates llevados a cabo desde lejos y con pretexto de centralización (¿centro de qué?), tienden a desencarnarse, a caer en la abstracción, en el sentido literal de la frase, “abstraernos de nosotros mismos”.

El alejamiento geográfico pierde pronto de vista la realidad inmediata. Porque se trata aquí de un replanteamiento de la existencia, de los problemas expuestos a personas concretas, reunidas en entidades locales o con preocupaciones similares, quienes se reagrupan, se confrontan y tratan de tomar acuerdos.

Ningún modo de escrutinio tradicional es satisfactorio. La ley del número no está en armonía con la calidad de la opción. ¿Porque una minoría debería inclinarse frente de una mayoría? ¿No es esta una regresión a la vieja dualidad de la fuerza y de la debilidad?

Incluso si se trata de decidir sobre una bagatela sin consecuencia perjudicial, la consulta, la palabrería, la conciliación, la armonización de puntos de la vista, es decir, la superación de los opuestos, son innegablemente preferibles a la relación de poder que implica la dictadura de los números.

A Fortiori Con mayor razón, yo estimo que, aunque se adoptara por una gran mayoría una decisión inhumana -un castigo, por ejemplo- sería inadmisibile. No son los hombres que deben ser puestos fuera de acción, es un sistema, son las máquinas de la explotación y de la ganancia.

El sentido humano de un solo hombre prevalecerá siempre sobre la barbarie de muchos.

A la democracia parlamentaria se le ha acabado el tiempo de la mentira. De ahora en adelante, nadie será engañado. Los representantes del pueblo nos prueban constantemente que sólo se representan a sí mismos, revelando lo más intolerable de ellos: su sed de poder y la cínica justificación de sus privilegios.

El referéndum es un engaño, una manipulación. Las opciones propuestas lo determinan de antemano.

Para tomar un ejemplo cuya infame vulgaridad sigue seduciendo a las multitudes, la convocatoria a expresarse a favor o en contra de la pena de muerte postula desde un principio el mantenimiento o la restauración de un castigo que el sentido humano prescribe erradicar. La instancia que lanza la idea del referéndum pre fabrica su orientación. Los déspotas nunca han tenido problemas para conseguir ser plebiscitados por la llamada voluntad del pueblo.

El referéndum es un instrumento del totalitarismo democrático. Entregado al clientelismo político y a la flatulencia de las mentiras de los medios de comunicación, que ofrece un cheque en blanco a los electos que dicen representarnos. El parlamentarismo no se ve cuestionado, sigue siendo una ganga para sus usuarios.

El referéndum no se refiere tanto a una persona real como al papel de un ciudadano en cual éste se reviste con un uniforme de Estado. ¿Cómo alguien podría resolver de este modo los problemas a los que se confronta en el cotidiano?

Regresamos aquí otra vez como siempre a una realidad terrestre gestionada por un fantasmagórico mandato celeste.

Por la democracia directa de las asambleas autogestionadas. Las decisiones tomadas en colectividad autogestionada marcan una ruptura con los modelos de escrutinios que hemos conocido. Ellas emanan de las asambleas de proximidad. Los proble-

mas que abordan son problemas concretos que tiene la población de una ciudad, de un barrio, de una región circundante donde su federación confiere una visión global, mundial, a las decisiones tomadas localmente. Estas nacen de un medio donde cada persona está implicada y sabe de qué habla. Estas concretizan una práctica de vida.

La forma de proceder de los zapatistas merita sino de ser adoptada, al menos de ser examinada, analizada, debatida.

Entre ellos, no existen candidatos para ser elegidos. Se convoca a las personas que desean compartir una ocupación a la que se sienten ligados, y de la cual encuentran sentido al realizarla: enseñar, curar, reparar máquinas, buscar nuevos modos de energía, iniciarse en un arte o en las técnicas artesanales, organizar cooperativas, forjar, construir escribir, cantar, ocuparse de plantas, de animales, de agricultura, de horticultura, de informática, de ingeniería, de carpintería entre otras actividades, en el grado de su compromiso de hacerlo en beneficio del común.

Los “cargos” (encargos) son otorgados por la asamblea de la comunidad, del municipio o de la zona, con tiempo determinado y su detentor debe rendir cuentas frente a sus compañeros sobre lo que ha logrado en las actividades desarrolladas. Dichos cargos permiten “aprender todos a gobernarnos”, así que la idea del deseo de participar está ligada a una responsabilidad, frente a la colectividad, que difícilmente será rechazada pues concierne al colectivo no

a la voluntad personal, y si en algún momento quien sustenta el cargo (generalmente de uno a tres años), no se siente listo para seguir puede dimitir y ser reemplazado por un suplente, no está obligado a continuar tanto en el caso de los hombres como de las mujeres. El cargo también puede ser revocado por el pueblo si no consideran que hace bien su trabajo

No se ha incurrido en ninguna desaprobación. Se trata de una experiencia donde, desde los niños hasta los viejos, la colectividad entera está concernida e interviene. No se trata de una multitud, ni de una entidad gregaria fácilmente manipulable. Es una colectividad de personas organizadas conscientemente de los que puede haber ecos importantes de sus decisiones, que resuenen a través del mundo.

¿Hablan ustedes de irreal? Una referencia es la Universidad de la Tierra en San Cristóbal de Las Casas. Simplemente, es de observar de qué manera un estado de compromiso e inventiva que alcanzan los impulsos de colectividad te llevan contra la tiranía del Estado y de los poderes financieros, en las zonas donde la resistencia combate la rapacidad de la codicia y otros males sociales.

¡Romparamos las cadenas que forjamos! En esta rabia que es tradición declarar impotente y vana ¿no experimentan el sentimiento que una inmensa energía despierta en ustedes y salen del aturdimiento, iniciando algo? ¡No dejen disiparla! Abran la puerta a ese genio humano que reside en cada una y cada uno de nosotros. Sean ustedes mismos quienes se

transformen en lo que ustedes mismos han querido ser. De lo que se trata es de que “la sangre hierva” en una rabia por vivir. Esta exige sus derechos de preeminencia absoluta sobre la mercancía que esteriliza los seres y las cosas. Es nuestra vida, es la carne de nuestros deseos locos, es la fuerza del posible afrontando con obstinación ciega y a la vez lúcida eso que el poder del obscurantismo ha declarado imposible.

“AL FINAL VAIS A SER TOCADO”⁶

Acababa de terminar la redacción de mi pequeño libro cuando el movimiento de los Chalecos Amarillos nos cimbró como un relámpago en la noche y la niebla sofocante. No sé lo que la tormenta anuncia, pero el que rompa la oscuridad, ¡qué alegría! es para mí, cómo no admitirlo, un enorme alivio.

Esto provoca que después de las ocupaciones de mayo de 1968, yo pase -también ante los ojos de mis amigos- por un irremediable optimista, a quien su propio estribillo ha hecho perder la cabeza.

¡Háganme el favor de pensar que me importa un bledo tener razón, cuando un movimiento de revuelta y ninguna revolución todavía, ni mucho menos! refuerza la confianza que siempre he puesto en la palabra de libertad, tan sobre utilizada, tan corrompida, tan “sustancialmente” podrida. ¿Por qué mi apego visceral a la libertad debería preocuparse de la razón o de la sin razón, de victorias y de derrotas, de esperanzas y de decepciones, cuando sólo se trata para mí de arrancarla en cada instante a las libertades del comercio y de la depredación que la matan y de restituirla a la vida de la que se alimenta?

Tengo la misma confianza en el sentido humano. La conciencia de que somos seres completos y no cosas que puedan ser manipuladas e intercambiadas por dinero ¿acaso no ha logrado atravesar los siglos sin perder su facultad para renacer a pesar de las peores barbaries?

6 NdT: célebre réplica de Cyrano de Begerac de Edmond Rostand

Al mismo tiempo que pedía que se rompiera el “muro de las lamentaciones”, no me abstuve de dibujar al inicio de este breve texto el repugnante estado de servidumbre voluntaria y la ausencia de reacciones frente a una gigantesca empresa de desertificación liderada por los poderes financieros, las empresas multinacionales y los Estados. No es común que se inicie un libro en la oscuridad de las impenetrables tinieblas y que termine, no diría yo que, con los colores de la primavera, pero al menos con las alentadoras luces de un amanecer.

Nada se da por sentado. La libertad es siempre frágil. Basta muy poco para invertirla y transformarla en su opuesto. Muy poco basta para restaurarla.

Incluso si la ira de los Chalecos Amarillos se estanca, retrocede, reintegra el molde de las viejas servidumbres, una gran ola verdaderamente popular -y no populista- se ha levantado y ha demostrado que nada resiste a los impulsos de la vida. Las rebeliones efímeras -como la Primavera árabe, los Indignados, “Nuit debout”, Ocupa Wall Street- nos enseñan a desafiar tanto el triunfalismo como el derrotismo. Sin embargo, nada me quitará la idea de que el Homo oeconomicus, ¡se acabó! El espectáculo ha terminado.

Hemos entrado en un período crítico en donde cualquier protesta particular se articula con un conjunto de reivindicaciones globales y vitales.

Tales exigencias son incontenibles.

Si hubiera tenido el talento de un orador del género humano, habría esbozado el fresco del desafortunado destino que desde hace tanto tiempo mantiene agobiadas a nuestra especie y a aquellas de las que pretende ser el arrogante señor. No habría omitido de exaltar aquí y allá las rebeliones y los movimientos insurreccionales que, con terquedad, intentaron terminar con el reino aparentemente inquebrantable de la barbarie.

Quizás, en realidad, esté aliviado de no estar dotado de esta elocuencia demasiado propensa a cortejar la complacencia del tribuno y la vanidad del maestro del pensamiento.

En el desorden que sacude el universo de las ideas, quisiera limitarme aquí a lanzar lo suficiente para que broten algunas hipótesis y sugerencias. Con una sola preocupación: que marquen una ruptura absoluta con los prejuicios y dogmas del pasado.

* * *

Raoul Vaneigem, nació en 1934. Es autor de numerosas obras entre las cuales el *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, publicado en 1967, fue preludeo del movimiento de las ocupaciones de mayo de 1968 en Francia.